

FA
11125

POR PRO-PATRIA
27 FEBRERO 1844

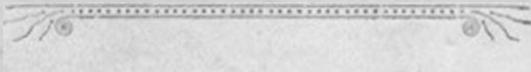
C.L.B.

BN
PLU

172

FA
11125

Por PRO PATRIA.



Caro Larrazábal B
Esty.

27 DE FEBRERO DE 1844.



SANTO DOMINGO.

IMP. "CUNA DE AMERICA."—J. R. ROQUES.

1900.







BN
972.9304
P962V

27 DE FEBRERO DE 1844. ⁽¹⁾

¿Qué es el 27 de Febrero?

SI se hace esa pregunta al punto formula la mente esta natural i gráfica contestación: Febrero es la Patria Dominicana. Por de contado; pues á partir de esa data inmortal, desde la «Noche Gloriosa», no alumbró ya el Sol en todo el ámbito quisqueyano sino mansiones protegidas de la Libertad; i sin que hubiera de blandirse ó dispararse un arma cualquiera, sin una sola excepción local, unísonos, decididos los pueblos todos de la Antigua Parte Española, ó sea el Estado Independiente de Santo Domin-

(1) Este Estudio debió de publicarse en Marzo ó Abril del año 1895; no pudo ni ha podido ser hasta hoy por circunstancias particulares del Autor.

017311

go, establecían en toda cabalidad los límites de su Soberanía; más cabales, de fijo, que los presentes, esto mirado por su aspecto jurídico; puesto que por increíble desidia ó dejadez del país, i censurable ausencia de política gobernante, cimentada en el Derecho, la dignidad, el interés nacional, por ambas causas de consuno, háse prestado márjen á inauditas invasiones territoriales.

Tanto es así que si el 28 de Febrero ó el 18 de Marzo subsiguiente, movido de juicioso acuerdo el Gobierno de Haití (2) nos convidara á la paz, sobre la base del *statu quo* existente, no habrían quedado (si quedar pudiesen) sujetas á reivindicación más que esas porciones nacionales: Caobas, Híncha, San Rafael, parte de Bánica, San Miguel, que todavía al presente nos detenta. Ciertamente. Porque el 27 quedó en plenitud hecha la Independencia, siendo el Baluarte del Conde adonde primero irradiaran las claridades de ésa alba esplendorosa, centro magnífico en que se integran i reunen, del cual parten, todos los radios nacionales. Fecha imperecedera, fresca i emotiva hoy como ayer para toda conciencia que el

(2) Decimos indistintamente Haití. trátase de pueblo ó Gobierno.

patriotismo alimenta i con su encendida fé dirija, en la cual la República fué hecho indudable en toda la circunscripción de Quisqueya i ésta, como astro lucentísimo, condensó i destelló sus fulgores en el ancho Cielo de la América Independiente.





¿De quién es obra?

S raro, rarísimo, en evolución de Independencias verse una como la nuestra; no es obvio descubrir en anales de pueblos, por sí autonómicos, ninguna parecida. En efecto, no hubo menester de ayuda bélica para que el dominador soltara presuroso i mohino la presa de 22 años. Por manera que puede decirse, ciñéndose á notoria verdad: el poderoso aliento dominicano aventado había (valga el decir) las hordas de Occidente, antes de hacerles morder el polvo en empeños guerreros. De aquí que se podrían controvertir sucesos i circunstancias, delusoriamente modificarlos, llevar lejos mui

lejos nimias i ridículas objeciones; pero ni al más estólido ó al más avisado le vendría á mientes negar este dato irrefragable: la Revolución, de la que es cifra i compendio la maravilla del Baluarte, alcanzó lato cumplimiento i acabado triunfo, sin que ningún adalid hubiera de combatir domésticas resistencias ó enemiga hueste en lado alguno del país. Así pues, discurrendo con la inflexiva lójica que de los mismos acontecimientos emana, decimos: el 19 de Marzo de 1844, día de venturoso estreno en la larga serie de batallas ganadas á Haití, no se contaba un solo pueblo bajo la positiva férula del antiguo invasor, salvo el jirón limítrofe ya mencionado.

El dominicano levantó el venusto edificio de su Independencia sobre el cimiento común á todo pueblo en similar caso; toda vez que una obra independizadora, por necesaria concatenación con el principio evolutivo que la enjendra i determina, es producto virtual de la potencia pública ó nacional. La sindéresis de los patriotas de saber, sinceros, elaramente se explica éso; bien así como sabe explicarse lo de hombres providenciales, necesarios: César, Napoleón, Itúrbide, Santana, por equivalente en pluralidad de casos, de desviadores, paralizadores,

destructores del proceso, lento ó rápido, asendereado ó dichoso, siempre augusto, de la Idea liberal.

Empero, del mismo modo que no existe efecto sin causa determinante, ó deducible consecuente allí donde falta indispensable antecedente, tampoco hai obra de Independencia sin peculiar artifice de ella, en quien se concentra, por decirlo así, todo vigor, toda actividad; cerebro, vida popular. Por donde al llamarse á Washington i á Bolívar Padres de Patrias, (artifices), i lo propio á sus dignos afines Duarte i Sánchez, se atiende por modo mui expresivo á razones filosóficas del habla, á una con justificada sanción de gratitud nacional.

Elejidos éstos nuestros próceres por ministerio de Lei histórica-universal que, en preciso momento evolutivo suscita á Tell en Suiza al Taciturno en Holanda, un independizador para cada Independencia, supieron ingeniosamente idear i utilizar, armonizándolos con toda fortuna, cuantos elementos revolucionarios había existentes, i allegarse auxiliares idóneos para el trabajo á que iban á dar cima, correspondiendo á la augusta designación en apretado lazo con sus vehementes ansias i vivisimos anhelos patrióticos.

El pueblo de 1821 (que política i etnológicamente es el mismo de 1844) no pudo, no supo, no quiso rechazar la traidora arremetida del *pardo buitre de Occidente*, ahora por desapercibido de medios resistentes, ahora por real desmedro de virilidad i, sea de éllo lo que fuera, quedó sojuzgado Cuando llegó el momento de encenderse en patrióticas virtudes, i el prepotente sentimiento del Derecho i de la Soberanía en un punto mismo le enseñoreó i dominó el espíritu; cuando pensó en que el honor, grande, excelsa virtud, es necesidad primaria indeclinable en la vida moral, que es la verdadera vida; i es aliento, inspiración, base de la vida nacional, sin la cual aquella es falaz mentira; cuando pensó, decimos, que ese honor se le tenía conculcado i yacía en un abismo; entonces, desatando adormecidas energías, sin darles tregua ni sosiego, acrecentándolas de más á más, furiosamente, supo corregir las debilidades cívicas (?) de 1822 con la mirífica proeza de Febrero de 1844.

Enseñado por padecimientos prolijos, irritado por acerbas humillaciones, caldeado el rostro por la continua bofetada de la servidumbre, todo lo tenía abundosamente acopiado: ira mucha, infinita ira hinchándole el pecho hasta

desbordarse de él; ansia intensísima, inmensurable de recobrar el secuestrado sér político, reponiéndose en su personalidad pública; valederos medios de absoluta eficacia para dar viabilidad al magnánimo designio. Al decir esto último ya hemos señalado á Duarte i Sánchez i la *brillante pléyade*.

Quisqueya había luchado en reiterados años por romper ominoso yugo i, cual Encélado, debatídose á desesperación por echar de sí la opresiva mole; sucesivos perdidos esfuerzos habíanle dislacerado las entrañas cuando aparecieron en la arena Duarte i conmitones. Llegaron los paladines del Derecho i de la Libertad en brillante equipo para el mantenimiento de la terrible justa. Acompañábales fé, osadía, vigor juveniles; total renuncia de sí mismos, cómo decir, desasimiento de los atavíos de la fortuna i de la vida; consagración ferviente i la más ilimitada al Ideal de Patria, perspicua clarevidencia de lo que á su consecución convenía. Nada les hacía falta, socorridos como estaban por todas las más ricas i preciosas aptitudes. ¡Qué hermosa haza de libertadores!

En el hundimiento de las libertades quisqueyanas eran sólida arca en la cual la derruida Independencia conservaba incólumes sus pre-

ciosas reliquias. El aliento nacional, necesitado de expansionarse en vida independiente, vida de Derecho; aliento, necesidad premiosa del ser de ellos mismos era. No sentaba bien ni debía llamárseles servidores de la Patria, pues que ésta al impulso poderoso, por insuflación, digámoslo así, de aquéllas intelectualidades pensaba, quería, obraba. ¡Nunca se viera conjunción más feliz de aspiraciones públicas i personales reflejarse en cerebros de mayor pureza i más subida temperatura cívica!

Empapados en patrio amor, convencidos á ciencia i conciencia de la imprescindible necesidad de crear Nacionalidad intejérrima; absortos en la idea del Deber i á su culto adscritos; sin curarse de contratiempos ó individuales peligros, que desde la primera hora ofrendaron al sagrado objetivo fortuna, porvenir, vida; bravos con el sereno é inalterable valor de los héroes; discretísimos en determinar la oportunidad mejor de erijir la Independencia; mirando á lo alto en donde lucía el amado Ideal, en marcha hacia ése Sol de su fé i de sus divinos ensueños, allá van sumos de patriotismo i de potencia intelectual.

Ellos explicaron el lato concepto de la soberanía, encareciendo extremadamente bienes

i altezas anejas al Gobierno de sí mismo. Propagaron ésta idea, haciéndola cognoscible i querida de todos, reafirmando calurosamente su ya jeneral aspiración. Ellos pusieron acicates al espíritu público, á veces meticoloso, irresoluto; hicieron concierto de voluntades en el Plan independizador, á tiempo que anulaban proyectos obstructores de éste, en los cuales carentes de acierto i de patriótica unción, sin escrúpulos de ningún jénero, sirviéndose hasta de ruindades i bastardías, se ajitaban políticos de influencia nociva á la Patria; proyectos que triunfando no llevaban á la Independencia, si que en derechura á nuevo dominio extranjero: protectorado francés ó español, por decir lo menos

¿Cómo supieron reunir con tino i disponer diestramente los medios propios al logro de la bellísima empresa! ¿Cuán afortunados en escojer caudillos militares para su seguro afianzamiento!

¿Mas á qué éstas reminiscencias? El Sol del último Febrero, el mismo que nos alumbrá hoi i seguirá alumbrando los confines de la Patria, en tanto luzca en el Planeta la vida dominicana, ése fúljido Sol, ¿no es de éllo el más elocuente é irrecusable testimonio?

En todo exuberaron. Civismo ¿cuál como el suyo, si absoluto en aplicaciones en desinterés supino? Completa prescindencia de cuantos atributos conforman el yo personal, egoísta, para fundirlos, abismarlos, así mismo, en el yo impersonal, colectivo, uno, que es la Patria, ¿practicóla nadie en idéntica medida? Sagacidad, facundia, arrojo, hábil industria de evolucionistas independizadores ¿las hubo dignas de equiparárseles?

A fé que no era ardua empresa concitar i revolver los airados ánimos contra Haití; no se le quería, no se le quiso nunca; todo el país conteste en aborrecerle deseaba irascible, rabiosamente, romper i arrojarle al rostro los fierros de la cadena con odio i perenne protesta de la ciudadanía arrastrados.

Al igual que en 1821 quería el pueblo en 1844 la Independencia con todas las preeminencias que le son inherentes, i disponer como árbitro de sus destinos étnicos; pero en ésta como en la otra era sufría con defectos talvez conjeniales: indolencia grande, rayana en inercia, para todo lo que dice relación á su vida política, i de ésto insuperable apatía en escojer i adoptar temperamentos á élla correlativos; jenio facil i mudable en opiniones i poco ave-

nido i disciplinable. Demás de eso, sentía aprehensiones nacidas de precedentes fracasos.

Con elementos tan ingratos i desfavorables dificultábase darle tonalidad i temple al espíritu nacional; aunar voluntades de sí poco cohesivas; inspirarles confianza en el propósito independizador i, lo más importante todavía, fé ciega en los obreros de la labor redentora.

Todo fué allanado: con los obstáculos provenientes de la manera de ser nacional los, de juro, más capitales creados por los conservadores. Todo fué allanado, insistimos, i nuestros próceres perseverantes, imperturbables, duchos en utilizar toda coyuntura política, cómo lo fuese la Reforma; acuciosos en modos de debilitar al enemigo; esmerados en robustecer el selecto núcleo revolucionario; (3) impertérritos delante de cuitas i peligros, ni temidos ni rehuidos; repastados en su patriotismo, con no vista fortuna hacen nacer de su cerebro, cuál nace Minerva del cerebro de Júpiter, grande, completísima, resplandeciente la Patria Dominicana. Sí, que no hai más decir, Duarte i Sánchez, toda la ilustre lejión febrerista, fueron fuerzas morales

(3) Contóse dentro de él á Santana. Al comunicarle, por oficios de don Juan Esteban Aybar el Plan de Independencia i pedirle cooperación, contestó: "sí yo estoy dispuesto á contribuir á la Revolución, pero yo mando." Frase que perfila el ambicioso que fué después.



indefectibles, factores evolutivos eficientes, la inteligencia directora que, en días bendecidos de la Libertad i del Derecho humanos, hubieron de preparar i realizar la evolución político-histórica de la Independencia, ó sea el 27 de Febrero de 1844.





Consideraciones de vario jénero.

NÓTESE como nada hubo fortuito, casual, anónimo, en el decurso de Febrero; todo en él fué previsivamente dispuesto; en tal guisa que, quien se movió desempeñando importante ó mero papel, hizo algo con antelación determinado ó que lo fuese ya verificado el 27. La previsión más escrupulosa i exquisita no mancó en un solo punto. Por eso Febrero se ofrece á la contemplación de las jentes como paradigma de emancipación política, obtenida por mediación de superiores actividades i abnegaciones, atizadas por un patriotismo incansable i sin tasa.

Opositores inequitativos de los merecimientos sin mancha de nuestros clarísimos Duarte i Sánchez, que resultan tales por dados á la ingrata tarea de proteger los de quien ha los suyos sombríos i maculados, desvivense batallando por arrebatárles lo que de ellos es propiedad exclusiva: la formación de la Nacionalidad Dominicana. Puestos en ese miserando propósito, idean para consumarlo: oponer procer á procer, pensando así achicar (¡suspicaaz arbitrio!) los timbres del uno con los timbres del otro, i dejar entrambos, por fuerza de la substractora confrontación, recíprocamente empequeñecidos, sin acervo de méritos (tal creen) para ganarse, en justicia i derecho, título de Padres de la Patria. La maligna táctica, si no superchera intriga, se desenvuelve así: Duarte, dicen esos sofistas, inicia la Independencia, apostoliza enseñando i propagando el Ideal, es cierto; pero lejos del país en el día de su realización tocóle á Sánchez presidir á élla; por lo tanto Sánchez que, á calidades de experto organizador revolucionario añade la de Héroe en jornada óptima, se hace por ésta superior á Duarte. Con todo, (continúan confutando), ni el iniciador primario con toda su olímpica grandeza, ni su copartícipe en la nacional evolución i autor

del 27; ni en conjunto todos los febreristas, nadie en fin i postre funda la Nacionalidad sino el afortunado jeneral que riñe ó dirige batallas, no peleadas físicamente por Duarte i Sánchez, sin cuyo favorable concurso (prosiguen los seudo-razonadores) la Independencia no existiera. Por lo que, (conclusión majistral), Santana es el verídico fundador de la Independencia.

En el curso de este trabajo se advertirá cuán huera es ésa argumentación i consecuentemente la falsedad del imaginado Plan.

En cuanto á nuestros perilustres, entiéndase: que si Duarte inicia la idea de Independencia, combina, explana, promueve medios de llevarla á fausto término, ajustándole los mil modos porque se difunde i acredita una transformación política; i explica con prolija oficiosidad las glorias i bienandanzas invíviticas en la patriótica evolución, Sánchez i la *pléyade febrerista*, embebecidos en el hermosísimo Ideal, á él esforzadamente adheridos, secundan férvidos al Héroe insigne. Empero Sánchez, emulando á sus demás compañeros, superándolos por la mayor intensidad de labor cívica, alcanza la dicha de consagrar la Patria en el Baluarte Máximo. Por ésta ha-

zaña Sánchez, coadjutor acertadísimo del iniciador, parte preciosa en el período de preparación insurreccionaria, divide con Duarte, de entero á entero, el lauro inmarcesible de Padre de la Patria: Que Duarte, bien que no se hallara en personalidad tanjible en el Baluarte, estaba en realidad subjetiva en su obra allí triunfante: Que, por último, Duarte i Sánchez, integran en individualidades diversas una misma inseparable mente política. Verbo conceptuoso creador en la Trinitaria, acto eficiente prodijioso, sublime, en el Baluarte Máximo. Mente que quiso emprendió i realizó la emancipación nacional, ofreciéndose en su pasmoso consorcio resuelta en un Cielo de luz en el que pareados presiden la Patria, la misma que remaneció nimbada de esplendores tras la Noche Gloriosa.

El día 28 de Febrero quedó erijida la República Dominicana i días más tarde, breves días, purgado el suelo nacional de espúreos ciudadanos. Se fundó en la Capital Organismo apropiado á dirigir los negocios públicos: la Junta Central Gubernativa. Era el único Gobierno del país. Dióse á encarrilarlos ordenadamente, aplicando con celosa inteligente actividad patriótica los exiguos recursos que las

circunstancias ponían á su alcance, ó que la grande eficacia suya acuciosamente arbitraba; i siendo apremiosas las medidas relativas á la guerra, ocupóse sin demora en su planteamiento i rápida ejecución.

Al par de otros ciudadanos llegaba Pedro Santana á la Capital. Llevaba consigo una mesnada de *seibanos*. Iba á solventar viejo compromiso revolucionario i cumplir deberes cívicos. Ya se le conocía ventajosamente por actos de individual entereza. Juzgábasele hombre valeroso i ganadero rico. Procedía de una región en donde el ánimo altivo parece conjénito con sus naturales, i característica la pasión ó codicia de mandar. La Junta le nombró General en Jefe del Ejército del Sur, con cuyo encargo partió para Azua; al tiempo que Ramón María de Mella para el Norte, diputado para organizar la resistencia á la invasión de aquella banda.

Era bien clara i definida la situación política de Santana. Dependiendo directa, inmediatamente de la Junta por su investidura militar, estábale por ende legalmente sometido. Ni con ayuda del propio esfuerzo ni con ningún otro, cómo no fuese el de su conjeturado valer, habíase impuesto Santana á la

Junta; la cual espontáneamente, *motu proprio*, creyéndole favorecido de aptitudes guerreras, en lo que no erraba, i cuidadosa de utilizarlas en bien de la Patria, le discernió el consabido mando parcial i definido.

La Independencia había sido hecha, no obstante el pesimismo de quienes no la creyeran factible sino auxiliada de protección oficial extranjera; pero llevaba en su seno, cuál la túnica de Neso, corrosiva ponzoña: el jérmen conservador. Vencido este partido por el liberal, en la pugna por ellos sostenida para la adopción de un plan separatista del Gobierno de Haití, mostrábase ahora temosísimo por atrapar el mando, que colegia fácil empresa una vez descartado aquél Poder.

Superaba en la Junta Gubernativa; siete de sus once miembros le eran adictos con la Presidencia en uno de ellos. (4) Ya sus manejos no eran cautelosos i solapados, cual en la época haitiana, si mui claros i ostensibles: quería el Poder, con miras á Protectorado ó Ane-

(4) Individuo éste que, cuando viera al partido fracasando en su combinación separatista, basada en la protección de un Gobierno, francés ó español, mientras que el liberal iba adelante triunfando con la suya, netamente nacional, dijo esta maliciosa oportunista frase: "yo me voi con los muchachos porque veo que se van á salir con la suya." Talleyrand en cuanto á plasticidad política, partidario decidido i complaciente del *modus facil*, entusiasta deificador del éxito cumplido.

xión, estribándose en Santana como espada ú hombre de acción.

La caterva conservadora se encantó con éste al conocerle. Aquélla mirada torva, ceñudo jesto, cuadrada i voluminosa cabeza erecta sobre poderoso cuello de toro montaraz; toda su recia i atlética constitución, rejida de inteligencia limitada, sin desbastar, decía á grito herido á esos perspicaces que tal hombre no se detendría sin despedazarlos delante de materiales obstáculos, ni soportaría frenos morales la indómita voluntad cuando espoleada por la pasión. Pues así le querían, á sabiendas de que tanta materia, tremendo ariete en ocasión dada, sería maleable i sometida á sus manipulaciones, á causa de carecer el espíritu que la animaba de ideas especulativas, tocante á política, i ser absolutamente rudimentales ó negativos sus conocimientos en todo lo demás. Así les convenía; i al punto cerraron Pacto con el Rosas de las praderas seibanas. Aportaba El, fuerte brazo movido por voluntad impetuosa, excesiva, opresora; sometimiento físico prometían los conservadores, por cierto íntimamente persuadidos de llevar toda superioridad moral en la mayoría de los casos.

Desde el infausto acuerdo fué Santana re-

presentante i jefe único del bando conservador; Jefatura no dimitida hasta realizar, años adelante y con su apoyo, la abhorrenda Anexión. Todavía hoy le sirve de enseña política.

A vuelta de la función de armas del 19 de Marzo, efectuó Santana «la inexplicable retirada que llenó al país de consternación». En ella toma pie la «querrela de alemán» que él suscita á los de Febrero, esto es, al partido liberal. Este, sin mayoría numérica constituida en la Junta, ganósela para influir en que desaprobara el inconsulto paso de Santana, le hiciera moderadas i patrióticas amonestaciones, invitándole á ponerle remedio á la enorme falta cometida, i, viéndole empecinarse en la resistencia, enviara al *ilustre apóstol* para ver si, debido á su autoridad moral reforzada con la pública, (era miembro de la Junta), le atraía á respetuosa obediencia; lo que no conseguido hizole volverse á la Capital dejándole en sus trece.

Háse dicho (luego se ha rectificado dignamente) que «el caudillo febrerista no estuvo en Baní á la altura de su misión». No fué así. Envióse á Duarte cerca de Santana, no á provocar sino á convencer; para armonizar una diverjencia de pareceres é inclinarle al mui

razonable sostenido por la Junta. No fué él solicitado de ruines móviles ó rivalidades mezquinas siempre sin acceso ni medro en aquél sano i leal pecho. No obtenido el conciliador encargo ¿debió en el acto subrogarle en el mando, quitárselo á mano airada? Mui nutrido se hallaba su entendimiento con la noción del Derecho para, en los albores de éste, acometer la sustitución, aún legalmente justificable, de quien invistiera la Junta con el carácter de Comandante del Ejército del Sur. Mui lúcida era su inteligencia para no comprender, i comprendiéndolo evitarlo, que, á más de inseguro, el intento conllevaba la lucha civil i con ésta larga cola de peligros i de injentes consecuencias para la causa pública. Notable de perspicacia tampoco había de escapársele que, manumitida ya la Patria i siendo ya momento de reñir batallas, con más competencia que él estaría Santana en el mando de fuerzas militares. Patriota ante todo, sobre todo, harto se le alcanzaba que, en el supuesto de contenerse en el rebelde un buen jeneral, no debía él, Duarte, cómo decir la Patria misma, obstar, ni de simple manera, á la realización de los servicios que Santana pudiera prestarla. Hai mas: pudo ser que su conciencia dudara de que en

aquélla discrepancia, tocante á un tema de guerra, (aparentemente era éso), no estuviese toda la razón del lado de la Junta. Es cosa veraz, de la cual no debe quedar ni viso de duda, que la probada rectitud cívica de Duarte apreció, en todo lo que merecían apreciarse, los serios inminentes peligros que la duración de la diverjencia aparejaba para la novel Independencia, i ésa, nunca lo bastante alabada consideración política, arrancó de raíz á su conciencia toda clase de reparos

Pero Duarte no debía permanecer junto á Santana compartiendo el mando; no era de facil práctica, conocido el díscolo compañero, «aquella eminencia escabrosa», i fuera innoble estarse sancionando presencialmente la temeraria desobediencia. Al lado del rebelde sólo estaba bien la rebeldía. Duarte pues cumplió estrictamente su deber: aconsejó, instó, rogó; ofrecióse para la inmediata operación de decampar avanzando, la ordenó formalmente, agotó todo recurso de convencimiento, i viendo que no le era dable vencer la porfía del indómito jeneral i traerle á lo que el honor militar i el propio decoro aunados le demandaban, retiróse llevando en la desolada conciencia la perspicua intuición de lo porvenir Estos presenti-

mientos no son raros en la Historia: Sila adivina en «aquel joven de túnica desceñida» al faccioso del «Rubicón»; Duarte presente en Baní al sedicioso del 12 de Julio

Aquéel prócer, cómo ninguno de los de Febrero, tampoco la Junta dió pábulo ú ofreció asidero á las iras del Júpiter tonante asentado en Baní. Nacían éstas buenamente de su particular idiosincracia: irascible, intemperante á más no poder, constante en imponer sus dictámenes por dementados que fueran, i así eran de ordinario; ambicioso, absorbente, i opresivo sin par ni medida. Ya vendrá el día de conocerle España, mui en su mal, por órgano de Capitanes Jenerales i Oficialidad de su Ejército. «Jenio voluntarioso i dominante que no sufría obstáculos ni aguantaba contradicciones; tampoco reparaba en los medios para hacer recaer sobre otros sus propias responsabilidades».

¿Qué le tocaba á Santana difiriendo de parecer con la Junta, mayormente después de las iterativas dilijencias de ésta por hacerle obtemperar á su mandato? Aquiescer ó resignar el mando. «Someterse ó dimitirse». Ese era el deber, i el Deber es absoluto como un dogma para toda conciencia formada de líneas rectas. El Deber no sabe de componendas, no se

da á partido, se cumple integralmente i siempre.

Pero éso no entraba en el meollo de aquél desapoderado i dado que entrase habría sido impugnado i desaconsejado por los conservadores. Para robustecer con ellos viejas confabulaciones, *no por motivos estratégicos*, habíase replegado á Baní. Allí, ojo avisor i convertidas todas las fuerzas del espíritu al pensado, acariado, codiciado mando, intervenía Santana activamente en la maquinación del Protectorado francés que traía desalados á los conservadores. Léase con cuidado, consúltese con ánimo deductivo la historia de ésos turbados días de la Patria, i no se tardará en asentir á nuestro juicio.

Demostrada la rebeldía de Santana debió la Junta, era justo i procedente, reemplazarlo en el mando; no lo hizo temerosa de que se produjeran escisiones en el Ejército del Sur, á causa de la iracundia de su Jeneral, robustecido por el intencionado desenfrenc de sus secuaces. Guiada de moderado patriotismo transijió la Junta sobreseyendo en sus actuaciones; mas viendo crecer el oleaje de la rebeldia i que los conservadores desembozaban preconcebidas ideas, poniendo con desvergonzado descaro sobre el tapete la combinación del Protectorado, con

Samaná en arras, vióse en la necesidad de dictar medidas de algún rigor, por la masa de febreristas acogidas i sustentadas. Hánsele reprobado á aquélla, casi incriminado á éstos sus afirmaciones; todo en el ahinco de cohonestar i hacer válida la conducta de Santana i conservadores; i éso por tal modo que, conforme al mismo tesón, debiéronse dejar aquél i éstos indemnes de todo correctivo

Las medidas tomadas por la Junta fueron esencialmente defensivas, adoptadas en vista de la mancomunada actitud revoltosa de Santana i adictos; cuando ya se exteriorizaba en acciones el *yo mando* articulado en la ocasión que dijéramos. Al principio las ensayó la Junta contemporizadoras, ténues, pero al cabo recurrió á decisiones un si es no es duras i tardías, en la espera de contener la *avalancha* de tramas liberticidas i de lesa-Patria que se le iba encima. En su manera de obrar concertaba deberes patrióticos i funciones legales. Única depositaria del orden i de sus correlativas responsabilidades, viendo al país proditoriamente amenazado en su integridad, avocado á civil contienda, apercibióse con el remedio que para tan terribles males graduaba único i salvador.

¿Fué discreta i atinada en su conducta i

cimentó ésta en bien entendida conveniencia nacional? ¿Deben juzgarse virtualmente adecuadas sus decisiones? Lo primero es indudable; impugnarla revelaría inconsiderada repulsa de verdades eternas arraigadas en el Derecho i en la humana conciencia. Lo segundo, talvez no, habida cuenta de la composición eminentemente conservadora de la Junta, de las pocas, flojas ó nulas, aficiones de mando de Duarte i Sánchez; i quizás, quizás, de la incipiente i mala educación política del país, lo cual le hacía (i aun hace, qué poco ha mejorado), ladearse favorable á las manifestaciones de la fuerza, de preferencia á las saludables i dignificadoras del Derecho i de la Justicia

Examinados los hechos á la luz de la realidad, sin pantalla que ésta amortigüe, muestran palmariamente á los febreristas en aquélla emergencia, cómo en cualquiera otra de su vida política, fieles, de toda fidelidad, á los deberes patrióticos, de que Santana i seides hicieron acostumbrada omisión. Por eso la recia porfía en que se está, nada más que atendiéndose á exculparlos de malísimos proceder, de desfigurar los sucesos, exornados, comentados, sin respetos á la equidad; de presentarlos, i á los personajes en ellos actores, cambiados, al revés,

volcados, (súfrase el dicho), cual en fenómeno de espejismo; ésa porfía, verdadera ansia loca, hija de apasionamiento insano, conviértese en perdida faena, pues que la verdad, á fuero de escudar de injurias la justicia, formula en última instancia la nota fuerte i final que todo lo trae á claridad meridiana. Este apotegma, «sólo lo verdadero es bello», aducido en achaques literarios, resulta de adaptación jeneral á la Política, á la Historia, á toda concepción humana.

Ni los más grandes recursos dialécticos, ni sutiles sofismas, nada en suma podrá obscurecer la realidad abrumadora de los acontecimientos; éstos destacan á Santana de cuerpo entero con actitud de rebelde i faccioso, ya desobedeciendo el *mandato* de la Junta, bien cuando violento i disparado cierra con élla i la desquicia. No hai pues atenuaciones para tan graves delitos; en vano se rebuscan en prestijios de gloria militar, ó preténdese paliarlos con arbitraria i falsa comprensión de la defensa ó conservación personal.

La Junta, háse dicho á saciedad, era el único Gobierno del país; Santana, no huelga repetirlo, estaba sometido al Organismo-Director i su personalidad militar, fuera de todo va-

ler intrínseco que no hacía al caso, no contaba por más que la de Imbert, Mella, Salcedo, i cuantos disponían de mandos; todos jurisdiccionalmente supeditados al repetido Poder. El empecinamiento primitivo de Santana, sumado á ulteriores malos actos, le apeó del encumbrado pedestal de vencedor eximio, rebajándole i reduciéndole al vulgar i despreciable papel de sedicioso. ¡Qué pálido i desvanecido nimbo para circundar glorias con tantos excesos exultadas!

Bien percatado ese debate, en que sucumbiendo los febreristas sucumbe de hecho la Patria, se ve: de un lado á quien debiendo obedecer, puesto que estricto deber cívico se lo prescribía, no obedece i antes bien acrecienta su falta con el colmo de la sedición, ayudado en tan inicua obra por jente fatídica á Gobierno i Patria. De otro lado, á quien compitiendo de derecho decidir, ordenar, ejecutar, lo creído bueno i conveniente al bien social, éso hace; afirmando por modo ejemplar prescripciones cuyo ejercicio no ha de omitir nunca la Autoridad celosa, legalista, patriótica. De la lucha injustificada, impía, por parte de Santana i conservadores que la provocan i entronizan, surgieron inquinas i males sin cuento, de vitalidad

tan grande que todavía hoy nos afligen; pues bien, averígüese donde radica la causa i castigue el flajelo de la Historia á las conciencias culpables que no fueron, cómo hai Dios, las febreristas

Hemos hecho largo hincapié en el punto inobediencia de Santana al *mandato* de la Junta, porque él lo es de partida en la furibunda agresión á los de Febrero anonadados, luego en breve, como entidad política. Fué un pretexto acojido á defecto de otro más á mano. Lo real: Santana quería el Poder i los conservadores también lo querían, teniéndole de Jefe. Había maquinaciones pendientes de urgente desenlace En éso estuvo i estribó la positiva causa de los enojos, (*inde iræ*) la terrible enemiga á los liberales; por más que especiosamente hayáse querido buscarle otra.

El proceder de la Junta se recomienda por correctísimo, en todo ajustado á sus funciones jurídicas i patrióticas emulaciones; cálcase el de los febreristas en consideraciones por todo lo más elevado de las virtudes ciudadanas. Ella quiso, ellos quisieron, abroquelar á un tiempo mismo Gobierno i Patria, con desatentado i brutal frenesí acometidos por conspiradores rehacios. Si no acertó la Junta, ni acerta-

ron los liberales, á pesar de su jenerosa i noble solicitud, á preservar de riesgos la Legalidad, ahí mismo amenazada, la Independencia, en cercano futuro; dejando ambas sólidamente aseguradas, no sea el abortado esfuerzo motivo de cargos á toda lei injustos; sobre todo cuando hechos á los últimos; cargos éstos que pudieran tomarse, i éso es el *summus* de lo odioso, por denuestos i reproches á la víctima, solamente por la desventura de haber sido vencida (¡Ai de los vencidos!) Porque en la fratricida contienda á que se les arrastró con insidia i á la que fueron inermes, no les cupo ¡qué había de caberles! echar dardo de fortuna

En puridad, lo que vamos historiando es la contradicción entre dos ideas i su consiguiente pugilato: la liberal bajo la conducta de Duarte i Sánchez, la conservadora (¿debe de llamarse idea á la conservadora cuya única tendencia es la personal conveniencia?) obedeciendo con sumisión servil á Santana.

Habían los primeros de tropezar con estorbos al implantar sus términos políticos; subtracción hecha de los que le son inherentes en todo país á principio de formación política, tratabase de uno arrancado del estrecho marco del coloniaje español con luenga permanencia en

el obscurantismo haitiano. Para los conservadores eran á todas luces menores i más sorteables las dificultades, por razón de la estructura moral del país i la íntima de ellos mismos.

Por doquiera halla la idea liberal rémoras á su marcha desembarazada, si no se posee buena i cabal educación política; á veces aún en medio cónsono suele apartarse de la senda del progreso ascendente i sufre paradas i regresiones; por eso ha de ser diario el combate público, para poner á salvo conservar i acrecer las conquistas liberales. ¡Ai de los pueblos estagnados en reposo político i en él como sepultados vivos! Es activa, briosa, incesante la lucha en el campo liberal, porque en él no se abdicó la independencia de la conciencia, de continuo despabilada, vigilante; aunque avenida á necesarias conciliaciones entre el Derecho i las justas i bien apoderadas exigencias del procomún.

De modo diverso i por opuesto sendero anda la idea conservadora. Nace i medra á prodigio en cualquier sitio en que un puñado de individuos de material fortuna ó arraigo se mueva al empuje de egoístas insinuaciones. Los conservadores dan prioridad á la idea de preeminencia de persona sobre toda teoría ó tendencia

opuesta, no importa su mérito ó elevación. «Gústales la inmovilidad i se empeñan en mantenerla oponiéndose á ideas ó proyectos reformistas». Apoyan sus móviles en el medro propio i, á similitud del jesuitismo, tienen por norma de conducta el obedecimiento pasivo. Mientras que la idea liberal se acoge á la libertad, como medio i término de sus ideales, la conservadora confíase á la fuerza, cómo motor, i por su medio procúrase la conveniencia, estable obsesión de su espíritu i meta á que dirige sus acciones.

Durante el período jstatorio de Febrero la encontraron Duarte i compañeros atravesada en su camino, sirviendo el réjimen que ellos minaban é iban destruyendo; i sirviéndolo en desdoro i quebranto del Ideal patriótico: advenida la Independencia lo mismo; siempre en hostil apostura, forcejando por suplantarlos i realizar este misérrimo deseo: hacerse del Poder al arrimo del extranjero. . . .

Cuando no existía la República i liberales i conservadores promovían la separación de Haití, podían explicarse i cabe se justificasen todas las medidas encaminadas á esa busca, así se basaran en exótica protección; no daba ésto fé de patriotismo austero, puritano, más ofrecía la apariencia de evolución civi-

lizadora contrapuesta á la barbarie haitiana, i por tal laudable; pero echado el dominador, constituida la Nacionalidad ¿para qué insistirse en el pujo extranjerisante que, no pudiendo ni debiendo ser apreciado ya de miras al objeto de mejorar la situación política, que esto se había cumplidamente obtenido con la Independencia, compadeciase más bien con el concepto de torpe reacción, flagrante atentado á la legalidad, hablando en puro, crimen de lesa—Patria?

¿Por qué los conservadores llamados sensatos, ilustrados, políticos previsores, prácticos, no pusieron sus realzadas cualidades al servicio de la naciente Soberanía? ¿Por qué no se interesaron en acrecentar los contornos del Edificio nacional i hacerlos eurítmicos i sólidos? ¿Por qué no desistieron de su favorita, prestando en cambio asesoría de buena voluntad, i no campar con furia extraordinaria, que ésto hicieron, de pujantes demoledores? El misterio ha sido aclarado á toda luz, descifrado todo enigma: porque los conservadores no tuvieron nunca, ni por asomo, fé de patriotas; esa fé que provee de inextinguibles resistencias, que son fortaleza i aliento en el incesante i duro quehacer de la vida política, i de energías al n is no tiempo que

poderosas, pías, fecundas, ponderadas por toda equidad i toda justicia. Ellos no nutrieron ni amamantaron otro sueño, eso sí fijo, vertiginoso, que asirse al mando; halagados por el aliciente *del Poder i de la fortuna*; móviles exclusivos, su lejitima secuela, para los políticos «petrificados en el culto de la materia»; para los cuales «*Gobernar es gozar*». A él llegaron en la exaltada avidez de ésos disfrutes; i allí fué el proseguir en su maldito afan con franceses, españoles, yankis

No ensayaron nada, ni en mínima parte contribuyeron en provecho de Febrero; todo lo contrario, con acritud i saña obstaculizaron su triunfo; más realizado ¡cuán fuertes para sobreponerse á todos! ¡cuán listos en amañar el Gobierno, éellos los euitados, los concesivos i humildes ante Haití!

Los jóvenes fogosos é inexpertos, aturdidos íbamos á decir, mostráronse insignes estadistas elevando la Patria á la cima de la Independencia; los avisados, reflexivos, circunspectos, oportunistas, ésto especialmente, hicieron de Ella monopolio; gobernáronla de burda i barbara manera i, tras una serie de gobiernos que se cuentan por el número de las caídas, la llevaron, á modo de valor cambiabile, al mercado

extranjero No hai hipérbole en lo dicho; la costosa, vilipendiosa, dolorosísima realidad de todos es conocida

Sin embargo no quisiéramos habernos ido tan adentro ni herir tan á fondo, pero es que tenemos á la vista una especie de exejesis histórica que irrita i exacerba las fibras de nuestro patriotismo viendo como, á parte de no examinarse i estudiarse con requerida justificación piezas i personajes, astutamente se modifican ó comentan aviesamente las unas, desnaturalizando adrede designios i hechos de los otros; *aindamáis*, se pone sumo cuidado en ahogar en lujo fraseológico i alambicados paradojismos, verdades indiscutibles, ideándose circunstancias i cosas no existidas ó falseadas al apreciarlas Si no ¿por qué la leyenda de que los de Febrero implantaran doctrinas inconformes con el momento político cuando ¡los desgraciados! apenas gobernaron (si fué gobernar) *cuatro meses*, ocupados en el tráfago de la guerra, cohibidos por la formidable que les movían Santana i conservadores, sin tener, para oponerle á la tirria de éstos, otras ni mejores armas de defensa i combate que un Poder deleznable, quebradizo, en el cual vióse desde recién instalado mayorear á los conservadores? . . .

Empero, ¿quién dijo con racional fundamento ni bajo seguro de verdad, que los principios liberales i progresistas ó las doctrinas económicas de la misma cepa, no se acomodan ó no se avengan al estado de una sociedad nueva? ¿Qué momento psicológico más socorrido para su franca i sincera adaptación? Si justamente lo que quieren i piden con instancia pensadores, estadistas, filósofos humanitarios, para campo de experiencias i de aplicación adonde desenvolver sus benefactoras actividades es: pueblos jóvenes, recién llegados á la palestra de la vida del Derecho, en los cuales el abecé de toda democrática i filosófica enseñanza halle virgen la conciencia i saludablemente dispuesta á recibir i fecundizar la simiente del Ideal Moisés, Numa, Jesus, Mahoma, confirman la verdad de este sentir i su obra, á maravilla consumada, vence por anticipo toda posible objeción.

Es cierto, i no puede ser de otra guisa, que para conducir i guiar sociedades á las fruiciones universalmente buscadas de la felicidad, por virtud de prácticas positivas del Derecho, se impone por modo ineludible luchar con reflexiva i robusta fé; haciendo holocausto de pasiones i apetitos concupiscentes; poner á tri-

buto grandes esfuerzos físicos i actividades morales supremas; arrancarse de cuajo de las incitaciones maleantes del yo personalista, aislado, estirilizante, para asirse de firme, al yo munífico, fecundo, altruista; «vivir perpetuamente con fesado i comulgado ante la propia conciencia»; combatir con armas de ríjido buen ejemplo, ayudándose con la Lei, equitativamente servida, los errores i vicios que son producto morboso de la ignorancia ó de orgánica irremediable malignidad

Eso pensaban, sabían, hubieran practicado los de Febrero; á no ser absumidos habrían cristalizado ésas ideas i llevádaslas al Gobierno, ó fuera de él enseñádaslas i difundido por la Prensa, en sociedades i círculos políticos. Ellos se hubieran puesto al amparo de la Libertad i pedídola el concurso de su fuerza impulsora, cuya es enorme i concluyente; sus pródidas soluciones al Bien. Pero ni ensayarlo pudieron Que les cerraron el camino con valla infranqueable que les despedazaron en la misma inspirada frente cuantas eran sus espléndidos ensueños de luz i de felicidad social; quedándose infecunda en aquéllas candorosas conciencias i bien cultivados entendimientos riquísima almáciga de dichas, extintas

¡ai! por siempre en Quisqueya, «á quien el Cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura»

Aniquilados, barridos (cómo suena) de la escena pública ¿qué hicieron sus rivales, que la ocuparon á mansalva durante los varios gobiernos que con Santana formaran? Muchas leyes, pero malas; sabido es cuán pródiga es la jente conservadora en doctrina; sólo que al adjetivarla en cánones de lei entiende que al pueblo se le ha de dirigir, conforme al procedimiento de educación ó domadura de las bestias para tiro, á saber: mucho de anteojos, (orejeras) mucho de ronزال, mucho de bridas

Bajo la administración de los experimentados estadistas ¿tuvo el país visible progreso, gozó de dicha, brilló con grandeza moral? ¡Ah! lo que hubo Todavía nos espeluzna, i sobrecoje de miedo, i produce calofríos recordararlo Tal así conmovía i causábale fiebre á Voltaire cada aniversario de la horrenda noche de San Bartolomé

Pues bien, admírese esto, entre los conservadores los había distinguidos en posición social, instruidos, caballerosos, de trato ameno, jovial, i modales afables; abundaban en ricas cualidades personales siendo pésimas las que

exhibían como hombres públicos. Conocimos uno de ellos en sus pósteros años i llegamos á tenerle cariño i nos parece que á merecérselo.

¿Por qué extraña anomalía, estando favorecidos de hermosas dotes privadas, no fueron excelentes en primor de bienes políticos sí que todo lo opuesto? ¿De qué dimanó el raro i chocante contraste? Lo hemos dicho é insistimos en repetirlo: de su ninguna fé patriótica; de haber sustituido ésta con egoista particularismo, desconociendo de todo en todo su poder interno i vencedora influencia para enjendrar i producir todo linage de públicas bienandanzas. De que apegados con tenacidad al reprobable interés personal, ruin i menguada cosa si colide el interés de todos, desentendiéronse de este último que es lo realmente magnánimo i en equidad útil. Con todo, la percibida antinomia hiere tan en lo vivo toda noción justa i lójica que la razón se vé perpleja, i se conturba, i anegada en piélago de dudas vacila, i apenas osa dictar sentencia definitiva, respecto del trabajo político de ésos hombres Qué ¿será éllo un ejemplar de fatalidad histórica, i ellos ciegos, pasivos, ineludibles instrumentos de ésta? ¿Aristas arrastradas, mal de su grado, por vendabal de perennales desdichas, i éstas lote señaládonos

por el Destino en sus inescrutables distribuciones! ¿Será entonces que en este suelo (nos anonada la suposición), campo dilatadísimo de sevicias i crímenes perpetrados en dos infelices razas, «envilecidas i pisoteadas», teatro en donde se han contemplado innúmeras iniquidades, saciadas en la virtud i el saber, la eterna equidad absoluta cumplirá fines de desagravio i castigo? Así, i por ese modo, ¿viviremos condenados, cómo en el Infierno de Dante, al *eterno dolor* ó, cuál en el Purgatorio cristiano, á un luengo padecer?





Análisis histórico.

LA República de 1844 ofrece á la crítica histórica dos aspectos ó períodos, si mui compenetrados claramente definidos. En el uno, civil ó civilista, se hace la Independencia; en el otro, militar, se afirma en lides gloriosas. El primero se manifiesta i sintetiza por modo integral en Duarte i Sánchez; figuras gemelas de la Idea febrerista. El segundo en Santana, Imbert, Duvergé, Salcedo, Mella, Pelletier, Puellos, Pérez, Dominguez, Contreras, Cabral, etc. etc. Los más relevantes servicios de Santana, visibles por su oportunidad i larga duración, le asignan en él puesto de preferencia.

Este período, no embargante abonarse con su grande cosecha de laureles, está internamente subordinado al civil. Veamos por qué. El civil inicia la idea de Independencia, la enseña, propaga, cautiva á su devoción á las jentes, alza el flamíjero pendón de la Patria redimida. El militar ufánase con abundosos, brillantes, decisivos triunfos, que contribuyen á asentarla sobre basa de incontrastable Soberanía. Aquél sale acabado de perfección de entre las manos de Duarte i Sánchez; en rigor de verdad Santana no compendia en sí el militar. Con que se está en lo cierto diciendo: Duarte i Sánchez son los Padres de la Patria, Santana i demás campeones servidores meritísimos, insignes, beneméritos; hijos exclarecidos suyos ahora, luego, siempre, por éllo dignos de prez i de nuestra grata recordación. Mas no habría ni átomo de equidad ni de justicia en aquél dictado, como no fuera para aplicarlo excepcionalmente á nuestros egregios ciudadanos. Puntualicemos más ésto.

Démos por repetida la historia de 50 años atrás. Con ligeras modificaciones, fruto del tiempo, estaría el país en igual situación territorial que la de 1844, ya efectuado el 27; sus caudillos ó guerreros en el mismo pie que los

de la memorada época. Ahora bien, (sigamos suponiendo), rechazado el invasor allende las marcas fronterizas, vencido cómo antaño, ¿fuera pertinente apellidar Padres de la Patria á tales caudillos? No, i es llana la razón: porque debelar en todo ó parte, corto ó largo plazo, la invasión de un territorio que fuera constituido con amplio ejercicio i goce de la Soberanía, no puede ser, no es, de equivalencia á haberlo sacado de la nada política i puesto bajo éjida de bandera i nacional dominio. Esto último es palpable hechura de Independencia, término luminoso de bienhadada evolución; lo ótro, afirmación reconstructora, sin duda grande, inmensa, plausible, pero obra de muchos i por ende anónima; mediante que, se acorre patrocina, asegura en su desenvolvimiento esa Independencia, (27 de Febrero), ó se vindica cuando caída en desmayo por artes de aleve perfidia (16 de Agosto). Pero de todas suertes, la prioridad en obrar, la invención de fórmula política enseñada, propalada, corroborada por el éxito, todo ésto da privanza i determina potísima superioridad. Tal en el evento de Febrero, en que la idea civil ó civilista, accionando en esfera dilatada, orijinal, trascendente, arrastra consigo i lleva rabiata la idea militar.

Probemos todavía con otro ejemplo:

Anexado el país en 1861, apenas conservamos «un rincón de Asturias» (Capotillo) adonde guarecer la desmedrada Soberanía, por valientes i continuados esfuerzos del patriotismo re- puesta en su prístino estado. Esta era bélica, de menor duración que la de 1844, en la que se definieron más i mejor las cualidades físicas i morales del dominicano de entonces: valor temerario, excesivo, indomable; inextinguible patriotismo; sufrimiento estoico, á toda prueba: ésta era bélica, repetimos, sobrepuja en importancia militar aquélla, habida consideración del uno i del otro contrarios vencidos: el español palmo á palmo en todo el confín nacional, el haitiano dentro de la zona enclavada en las fronteras Norte i Sur. Pues con ser así ¿llamaríanse verazmente Padres de la Patria á los ínclitos que dieron principio i llevaron á fausta conclusión la ciclópea tarea de Agosto? No; porque restaurar no es típicamente crear; es, nada más, recobrar lo que antes se tenía como propio, que siempre lo fué, i que se llegó á alterar ó menoscabar por accidente. Cómo la Patria, la que existía en toda su inmanencia, magüer que humillada i en secuestro. Cuál la española después de la irrupción árabe, ó el

Estado Independiente de Santo Domingo por la de Haití en 1822. (5)

Aquí de una digresión referente á Nuñez de Cáceres i á su eminente proeza, por algunos mal comprendida i peor juzgada.

Cáceres fué una preclara intelijencia de viril quisqueyano vaciada en molde de concienzudo evolucionista, no, como erróneamente háse podido creer, desacertado i á destiempo innovador político. El supo en buen hora i bien elejido momento fijar el más propicio á su concepción patriótica, coronada por el triunfo; pero ¡ah! el país no correspondió á lo que dignidad i conveniencia de concierto le pedían; él no supo aferrarse con ardoroso cariño á la Independencia; no la apretó contra el corazón con efusión-verdad; no la custodió i menos defendió con solícita i potente virilidad; antes al contrario, por laxitud i desánimo hízola efímera i vióla, en breve instante, desvanecida perecer. . . . Sin embargo, rectificuemos éste juicio. No fué el país, si que el elemento conservador la causa averiguada, el fautor del daño; una parte conspirando ¡infames! por desqui-

(5) *Estudo* que por ilación histórica-evolutiva lleva en sí á la República Dominicana, al modo que Duarte i Sánchez, en su fisonomía de estadistas independizadores, están contenidos en el ilustre Nuñez de Cáceres.

ciar la obtenida Autonomía, el resto paralizándolo con su consuetudinario desvío, cuando de ejercer actividades costosas en sacrificios se trata, enervando ;descreídos! hasta el anonadamiento, todo cuanto fuera civismo i vigor nacional

Cáceres infirió, discurriendo como pensador de alto vuelo i patriota de excepcionales altiveces, que era preferible por dura i cara que á la ciudadanía resultase, vida libre, soberana, capacitada para realizar la felicidad social, de que no se tenía ni ténue goce, i adquirirse con dignificadores atavíos nacionales, totalmente desconocidos, á la mísera existencia en que año tras año languidecía la Colonia, desatendida, desdeñada, sumida en luctuosas desventuras, revolviéndose en vergonzoso marasmo moral Ante previsiones de lo futuro, mirando á Occidente, nada temió el aventajado hombre público que fuera parte á inclinarle á prevenir de riesgos la Independencia, porque tenía fija en la conciencia, confiándose á ella, esta eterna i certísima sentencia: «al pueblo que quiere ser libre ningún poder lo sujeta á esclavitud» Todo en Nuñez de Cáceres, inclusive i especialmente la discretísima fórmula de la Independencia, engarzada confederativamente, en la Unión Colombiana; todo, todo, da fé

i acredita de cuerda, atinada, trascendente, su patriótica evolución.

¿Equivocóse, sin embargo, el insigne republicano? ¿Resultaron ilusorias sus sabias inducciones políticas? Pues asimismo, con meras diferencias, equivocáronse sus continuadores Duarte i Sánchez, i los que, imbuídos en idénticas intuiciones patrióticas que éstos, pisaron sobre sus mismas huellas Por donde al ver como se quiebran i caen en la nada, las concepciones nobilísimas por el patriotismo iluminadas, en tanto van arriba i al triunfo las inicuas, ignominiosas, antipatrióticas; sobrarían razones para coleccionar que el mal ha su oríjen, no en la deficiencia intelectual i poco poder impulsivo de tál ó cuál político, sino en propio achaque del pueblo nuestro, el cual, ora por insuficiente educación cívica, ó por decidida inclinación del temperamento; ora por manifiesto destino fatal, cómo éllo sea, desaira ó descuida situaciones sobradas de patriotismo i de influencias bienhechoras, íntegras; para complacerse cariñosamente, i agarrarse en fortísima adherencia, á las que con afrentoso desden vuelven la espalda á esas excelsitudes

Agotada esta larga parada, consenante i

eslabonada con espíritu i miras de este Estudio, volvamos al tema empezado. Dijimos: la idea civil ó civilista hizo la Independencia, que la militar afianzó. Agregamos: la primera se vé reasumida en Duarte i la lejión febrerista; la segunda no es privativa, no está precisamente encarnada en Santana; aun siendo como es el primero i más renombrado de nuestros militares. Ni viso de duda en esto.

Duarte tuvo la intuición maravillosa de la Independencia, á esa idea dedicó, un día i otro día, juventud, saber, riqueza; la enseñó i difundió en la masa social, la realizó por mediación de su unimismo Sánchez en el Baluarte Máximo. La Patria pues era un hecho público, indudable, al descollar Santana en el mando conferídole por la Junta, cual descollaron Imbert, Salcedo, Duvergé, i cien más, en la misma sazón.

No vaya á concluirse de lo que llevamos dicho que creamos, (librenos de éllo la equidad i el buen sentido), holgase la guerra i no fuera indispensable para la ratificación, digamos así, del Estado Dominicano; pero si queremos que ostensiblemente resalte i se entienda por modo categórico, como la Independencia es privilegio exclusivo de Duarte i Sánchez. (Perdónese esta

redundancia en vista de la grandeza del asunto). I que, en cuanto al lapso incluído en la idea militar, inaugurado á un tiempo mismo por Santana é Imbert, á virtud de sus cometidos, en el que coadyuvan Duvergé, Salcedo, Puellos, Contrera, Cabral, etc. etc. hai que compartir, por fuero de justicia, su opulento bagaje de victorias entre los caudillos más hazañosos, para atribuir á quien le quepa el mayor lauro. Nuestro leal saber i entender lo tiene ya asignado á Santana.





Simple paralelo.

AHORA confrontemos, siquier lijeramente, á los representantes de una i otra idea; á ver lo que se desprende de la confrontación.

Duarte i Sánchez entrañan, acendrada, la idea civil. Santana *absorbe* la militar. Duarte i Sánchez fueron héroes del Ideal, en su limpia atmósfera se movieron, consagrándosele de lleno i sin condiciones, i murieron con hados distintos; con trágica muerte, por fratricida mano causada el uno, lejos del amadísimo terruño en la nostalgia del adorado Ideal el otro; pero ambos idénticos en la nitidez de la conciencia,

irisada de suaves resplandores. Santana ni por un instante lo entrevió, i en radical penuria de El, muere circundada de obscuridades la co-inquinada conciencia, atenaceada por desesperantes remembranzas. Duarte i Sánchez desde edad temprana sintieron clavárseles en el varonil i jeneroso pecho aguijón de Libertad, i arder en el noble corazón en haz llameante, irresistibles deseos de crear Patria libre, independiente; que por sus cabales crean. Santana no dió nunca, ó diólas fútiles, notaciones de patriotismo, ni aún en el albor de su vida pública: recojido, murado, en su estudiado i glacial egoísmo, conmuévase cuando el imán de la ambición con proterva seducción lo atrae i embriaga, haciendo centellear á sus ojos la perspectiva del Poder omnímodo. Duarte i Sánchez espíritus rectísimos, hombres públicos incontaminados, «podían quedarse á solas con su conciencia i afrontarla victoriosamente». Santana, mal ciudadano, pecador rehacio á todo deber cívico, debía esconderse de la suya para no oír el clamor de sus repetidas i tremebundas acusaciones. Duarte i Sánchez brillan en el tiempo i en el espacio con belleza santa, edénica, en Santana sólo se descubre la «belleza del horror». Aquellos varones perdurarán en la Patria i en

la Historia dignificados i admirados por las gentes, el infando Marqués de las Carreras vivirá por siempre en hórridas tinieblas, «porque el crimen no tiene fulgores»





Los héroes.

QUARTE i Sánchez, basa anchurosa i fuerte sustentáculo del edificio nacional; i Pina, Mella, i todos los febreristas de sostenida consecuencia política, fueron fidelísimos cumplidores de todo deber cívico en la mayor medida; aplicadas á ése cumplimiento sus fuerzas intelectivas, las de más relieve i calibre que pudo producir i de que disponía la jenial Quisqueya. Al servicio de Ésta pusieron sus energías mentales i todo el caudal de rebotante amor de sus corazones. I que éllo fué de puntual eficacia, bien lo acreditó el terruño esclavo trocado de luego á luego en tierra de libres.

Osados i dichosos independizadores, manifestáronse hábiles en dirigir la nave del Estado, en el cortísimo plazo en que estuvo bajo su experta guía. I lo mismo que recios conspiradores pro Patria, i desprendidos ciudadanos al brillar por ellos emancipada, así fueron asiduos en amarla i solícitos en atender á sus reclamos el día en que, «una anexión amañada» le arrebató el áurea corona de la Soberanía para ceñirla la de espinas de la servidumbre

Entonces Sánchez, el más obligado por la prestigiosa tradición del Baluarte Máximo, acorrió el primero, confiándose á la fortuna que le asistiera en la Noche Gloriosa; más por inesperado desvío de aquélla, aciago destino burló su noble intento i ofreció en cambio al atleta-libertador el patíbulo de San Juan Por reincidente modo el hombre funesto del 12 de Julio volvía á despedazarle, con la vida ahora, su amadísimo ideal al Alcides de Febrero

Allá Pina el espiritual, naturaleza fogosa i cándida á la vez; siempre arrebatado de entusiasmos por la causa á que dedicara los juveniles años; no menos entero i viril en edad madura. Pina que, al acudir desde extranjerías orillas al grito acongojado de la nacionalidad en inminencia de muerte, estuvo al caer,

cual cayó Sánchez, víctima de la traición del Cercado

I Mella quien, á pesar de la desgraciada caída de 1849 i de su triste secuela de incidentes lamentables, iba á probar cómo el patriota sincero, de conciencia, puede padecer desfallecimientos, quizá incurrir en flaquezas, arrastrado por las complejas combinaciones del sectarismo político; más nunca, jamás, al punto en que la Patria dolorida, peligrando, le pide asistencia patriótica. Por eso se iergue Mella, con el hervor cívico de los días de Febrero i la peculiar pujanza de su heroico temperamento, con vigorosa i solemnisima Protesta. Luego, cuando fué hora de luchar, aportando el valioso contingente de su cabeza bien organizada i de su potente brazo de batallador.

I cuando la reivindicación de Agosto reunió en manojos de libertadores á los insignes del culminante Capotillo, Duarte, el immaculado, surgiendo al conjuro del Deber no se sabe de que ocultas soledades, atormentadas, marchitas las facultades psíquicas por dolores i nostrasias inenarrables, empero, íntegro, lúcido, vibrante de patriotismo, fué como á unjir con la vivificadora virtud del suyo la proeza nacional, i á

ponerle marca aprobatoria á la obra de la Independencia.

¡Qué hombres! ¡Qué héroes! Patriotas que hicieron de la Patria carne de su carne i sangre de su sangre. Estadistas en toda la plenitud del vocablo, por sus preciosas aptitudes de aplicación. Pero sin ventura Cuya vida circundaron de dolores i á porfía abrevaron con acíbar; á quienes cupo la altísima honra i envidiable suerte de crear una Patria para delectación de todos, parándoles ¡increíble aberración del destino! la inmensurable desdicha de vislumbrar tan sólo, i no pisar jamás, la tierra prometida por la excelsa bondad de su patriótico ideal

Pues se les ha tachado de irreflexivos, despojados de cualidades gubernamentales, *soñadores vaporosos* enamorados de teorías de imposible aclimatación en el día en que fueran por ellos expuestas. ¡Qué más? De apocados i débiles ¡esto dicho de los titanes que fabrican la Independencia i con actividad i presteza pasmosas atienden á su consolidación!

Que flaquearan i estuviesen escasos de energía, la exigible para el momento de su corto mando, podría relativamente concederse. Verdad; pudo faltarles poderosa, inflexible, bru-

tal, propia para contrarresto de la desaforada ambición; de Santana respaldado en los conservadores; pues para luchar, á brazo partido, cómo urjía tratándose de aquél empecatado, ante todo debían desentenderse de deberes nunca prescindidos por conciencias de pura contextura democrática; olvidarse de consideraciones íntimamente ajustadas á su elevada misión de Padres de la Patria i guardas íntegros del sagrado de la Nacionalidad; poner en riesgo, i aun lesionar, el bien público, por darle pasto i satisfacción á míseros fines de la vanidad i de la mala ambición. . . . Pero éso no debía ser, que no eran ellos buenos para prevaricaciones del Deber; i su gran virtud de repúblicos repe- lía con austera severidad, cuanto pudiera ser óbice, ó damnificar en un ápice siquiera, á la amadísima Patria. Eso sí se convenía i acomodaba con el inescrupuloso i artero que se les ponía delante en actitud sañuda, feral. . . .

Así, pues, la tál medrosidad, flaqueza de espíritu, cómo los demás calificativos enderezá- doles, si en algo resultaran, no serían, en rigor de verdad analizados, sino el reflejo de mira- mientos laudables, abstenciones plausibles de conciencias hondamente penetradas de patrio- tismo, cuyo soberano influjo trascendiendo en

exigencias del deber cívico, su lei i brújula, imperativas, irresistibles, plácidamente aceptadas, les demandaba, por claro modo, conciliaciones tolerantes, fraternales; concordia, mansedumbre política; no fiereza de injustos i descarriados combatientes á pesar de la dicha social, contra ésta misma, i del peligrar de la República. Consideraciones virtuosas que Santana no acertó á tener en cuenta, si es que supo de éllas por acaso

Por otra parte, antes que aceptarse la mentira de ésos dieterios menguados ¿no fuera más cuerdo asentir á que á los febreristas se les formó el vacío i dejó impotentes para toda resolución i resistencia animosas, al faltarles, cual les faltó, el apoyo del pueblo? Por lo que, en ningún extremo sería de reputarse su fiasco i caída debido contratiempo, por desmazzados, inhábiles, insuficientes políticos; porque élla fué, de todas veras, natural consecuencia del cobarde desánimo, ó de esquiveces de la ciudadanía dominicana. Mas sea lo que sea i mírese la cosa por el cariz que quiera mirarse, siempre se adaptará mejor á nuestros egrejos nombre de tímidos ó pusilánimes, aun harto mejor les estará vibrar palmas de mártires, precisado gaje de redentores, que no ostentarse, con

la abominable gloria i clamosa fama, de haber convertido cualidades de subido precio al deservicio, menoscabo, oprobio de la Patria. . . . ¡Oh sí! Cuadra mui más á su bella fisonomía moral tilde de débiles, ajenos á osadías que quebrantan, comprometen, pierden los destinos nacionales, que no el de inconsiderados batalladores atrofiados de patriotismo i sin ideal pulcro. . . . Por su eminente obra pública, por su cuidadosa solicitud, entodo lo que pudiera empecer á la puntualidad feliz de élla; por todas esas altezas en resumen, debémosles gratitud eterna i perdurable renombre.

¡Qué ilustres varones! Nos legaron con la nacionalidad que nos ampara la pauta de una vida compendio de todas las abnegaciones, todos los esfuerzos, todos los sacrificios. Su memoria, tabernáculo de virtudes i enseñanzas inefables, sirve de paladión á las libertades de Quisqueya, que no dejará perecer jamás.

Eso fueron los febreristas, *los filorios*, así despectivamente titulados por Santana; es á decir, utopistas sin comprensión intelijente de la política; *sin aquél*. (Dicho usual de Santana para significar que un individuo era flojo i carecía de decisión i cordura, que era impropio para el acierto). Calificativos del mismo jaez

habianse oído ya en el tiempo. César apoda *afeminados* á los adversarios de su sed de mando despótico, i fisgándose llama Napoleón *abogadillos* á los disensos en sus planes liberticidas. Pero ya la filosofía ha tomado razón de calificaciones i calificadores i dado dictamen justificado. De su veredicto, éste razonamiento: Santana, cuál aquéllos déspotas, más todavía pues César i Napoleón están inmunes de *patriicidio*, Santana es reo de crímenes contra el Derecho, la Libertad; la Patria: su obra política pudiera deslumbrar á espíritus de restricta virtud republicana, de obliterada sanción moral; espíritus pueriles pagados de mentirosos convencionalismos, encandilados por brillos fatuos de gloria mendaz; pero examinada esa obra á la luz del sentido ético, juzgada i fallada por Jueces de verdadera extracción cívica, solamente merece estigma i baldón sempiternos

Saltemos atrás para volvernos á ocupar en el cargo de abatidos de ánimo i pobres de energía que á los de Febrero se encara. Veamos ésto bien adentro.

Duarte arrostra impávido año i año de peligros, en el decurso del Plan de Independencia; cuando el mal aventurado repliegue á Baní se ofrece insistente para dirigir operacio-

nes de avance: en lance finjido por Santana, para probar su valor personal, muéstrase sumamente animoso; i en aquélla nefaria Traición que obliga al patriotismo á apellidar Libertad i Restauración, vuela desde el exterior á con- tarse en las filas reivindicadoras. Mella, en el lapso de la Independencia, como quien más participa, i en la reintegración de Agosto allí está él con sus innatas fogosidades. Pina no se olvida un instante de que fué obrero activo de Patria, i de extranjeras playas sale á pres- tarla asistencia, así que pérfidos ciudadanos asestánla piqueta demoledora. I todos se con- mueven, i todos ponen óbolo patriótico para el objetivo de restaurar la Nacionalidad. ¿No son todas éstas demostraciones efectivas de virili- dad, entereza, osadía, pruebas fehacientes de ánimos por demás determinados? ¿I viéndolas así vivientes, palpitando en los sucesos, se pre- tenderá desconocerlas en la Historia?

Pero lo que llega al pináculo de lo desme- surado, i todo lo sobrepaja en audacia é intrepidez, i hace palidecer cuanto de grande, por su atrevimiento, i de excepcional, por su altitud moral, rejistran los fastos de nuestras guerras públicas é internas; i á todo se aventaja, i por sobre todo se encima, i nada tiene valimiento

adecuado para equiparársele ó irle al alcance en esplendideces de gloria; i, óiganlo bien fervientes i tibios patriotas, parte raya con lo prodijioso, i de su propio derecho se encarama i asienta en la cúspide de lo sublime, éso es: la archiadmirable epopeya del Baluarte Máximo Hazaña portento patentizadora de una audacia, así crecida en puntos cuanto denodadamente acometida; la cual por su grande alteza se parangona con todo i cualquier heroísmo, sea el que fuera su magnificencia. De juro; pues que aclamar la Independencia, haciendo vividero en la Historia i en el Derecho, al cálido fuego de la Libertad, lo que ya vivía en latido ardiente en el alma quisqueyana: la Patria emancipada; i hacerlo á la faz del Dominador, allí donde su poder era fuerte en sostenes militares i de toda especie; apoyándose en jente resuelta, ardorosa, de patriotismo consciente es cierto, pero por propia índole suya indecisa, á tiempos timorata, que iba poco i mal armada á aquella injentísima empresa, punzado el ánimo por reminiscencias de viejos inéxitos; éso, fué ¡oh egregio Francisco del Rosario Sánchez! probanza de valentía i de arrojo desmedidos. De ahí que, siendo como és Febrero, suma de toda intrepidez dominicana, hecho fausto cual ningún

otro para la Patria, que enjendra, sea también la más arriesgada aventura i el empeño más grande i comprometido de Quisqueya, en sus ansias de alzarse al solio de la Independencia. Mirado por este último aspecto vamos á comentar la hermosa evolución.

Las batallas del 19 i 30 de Marzo, libradas por Santana é Imbert respectivamente, lo mismo pudieron serlo por B. Pérez la primera, por Salcedo, Mella, Valverde la segunda; i malograrse una i otra, con mucho riesgo si no pérdida de la Independencia, porque afianzando ésta á toda dilijencia, defendiéndola con superior esfuerzo estaba el país, cómo un solo individuo alzado en santa insurrección. Pero expongamos ahora, pintemos al vivo el cuadro sombrío de la actualidad que siguiera al fracaso de la Noche Gloriosa.

Sánchez, Mella, fusilados; Duarte mantenido en ostracismo; los principales revolucionarios, inclusive Santana, perseguidos. Vencida la Revolución. Ocupado militarmente el territorio; apretadísimo el dogal de la política que, siendo hasta entonces compresiva, había de trocarse de golpe en horriblemente supresiva. La Independencia pues irrealizable ó demorada por indeterminado plazo. Febrero relegado á la

sombra. Que el buen sentido diga de la verosimilitud de nuestro retrotraído cuadro histórico.

Permítasenos abrir un paréntesis.

Con evidente malevolencia, ó con banal aprecio del magnificentísimo acontecimiento, se ha dicho: el trabuco de Mella dió la vida al 27; así, pues, eliminado el disparo (¿casual ó á posta?) la inmortal efemérides llevaría otra data.

Si nos fijamos en lo primero, parécenos descubrir intención solapada de amenguarle á Sánchez, de expropiárselo casi, el lauro del Baluarte Máximo, oponiéndole al efecto un prócer de labor particularmente militar; no para gloria de Mella, que no la ha menester postiza i por tal menguada, pues él la tiene brillante i legítima, sino en puro detrimento de la idea civil, cuya es la acción del Baluarte. I se le quiere escamotear para ver de atribuírsela á la idea militar, significada ardidosamente en Mella para que repercuta en Santana, á quien se preconiza su representante, i á quien se quiere, con argucias i reticentes modos, conferir, á título de jeneral afortunado en lides, el de manumisor de la Patria. Diestra maniobra, con efecto de tiro de rebote ó por rechazo, que consiste: en poner la mira de puntería inmediata i aparen-

temente en Mella, para dar mediata i certeramente en Santana. Diestra maniobra política cuyo alcance es, supeditar, en todo el período independiente, la idea militar con la idea civil

Presumiendo ignorancia lo segundo hai que considerarla superlativa, en orden á conocer la Lei vijente para toda muestra inicial, ó resultancia de actividades mentales ó volitivas, en hechos políticos, militares, científicos, artísticos etc. etc. Lei que, al hacer sus selecciones, les pone de una vez sello de orijinalidad i de exclusiva preeminencia, aún cuando adolezcan en su perfección de falta de algún simple juicio, detalle minucioso, observación somera; ó bien se produzca i obre en ellos, circunstancia inopinada, fortuita, con frecuencia obligada compañía de todo acto de hombre.

I cuenta con que la ignorancia en cuestión lleva á prisa adonde no pensarán ni ir quisieran quienes la evidencian; porque si á Sánchez se pretende revocarle á dudas la paternidad del Conde, por obra del disparo de Mella, á mayor abundamiento había de contestársele i discutirle á Santana (que es en lo que no se han fijado sus idólatras) la propiedad de las campañas de 1844, 1849, 1855; habida consideración de que

en las dos primeras la parte esencial, la más sobresaliente en importancia política i sentido bélico, reside en las batallas del «Memiso» (1844) i «Número ú Ocoa» (1849). En ambas el jeneral Duvergé, Teniente de Santana, como debe de decirse era Mella de Sánchez en el Baluarte, vence i despeja i pone á flote la angustiada i comprometida situación nacional. (La batalla de «las Carreras» es mito ideado por el partidarismo santanista; no la hubo, según lo declaran jefes como Cabral). En la última, (1855), pertenece á ese mismo caudillo el mejor laurel de ésa campaña, por el triunfo de «Santomé», en donde no estuvo Santana, con ser el Jeneral Jefe del Ejército.

Pero de todos modos, esas cosas no son para miradas por el falacioso prisma que las vé el exiguo criterio que estamos refutando, puesto que las censuras ó elojios, la apoteósis ó el anatema por la mayor ó menor altitud moral, todo se mide i regula con el patrón de la inventiva, dirección, causa primera, sobre que versa el hecho; poniéndose fuera ó en segundo término, circunstancias ó incidentes accesorios.

Por eso el disparo sabido, (incidente nimio, fortuito, detalle secundario), no inviste á Mella como autor de la jornada del Conde, que

es virtual de Sánchez i timbre fundamental de su fama; cómo tampoco el «Memiso», «Ocoa», «Santomé», no amenguan ni cercenan nada de la suya á Santana, en aquéllos memorables días de la Patria. I que la ignorancia ó la mala fé piensen i digan lo que á bien tengan.

Otra cosa. Preparada por Duarte la Revolución en el discurso de algunos años; escogidos sitio i hora i dada la señal de Patria libre por «el hombre más resuelto de la Independencia Dominicana»; discurrida la estratéjica combinación del Baluarte Máximo con esta doble mira: imponerse á seguida á la Autoridad, con el levantamiento de Capital i extramuros, forzándola á capitulación, lo que sucedió sellándose con ésta el triunfo nacional; ó á todo mal salir, recojerse al campo los insurrectos i apoyándose en las comarcas adyacentes, en todo el país, concitado i apercebido para la Revuelta, continuarla vigorosamente. Cuando todo esto pensado, previsto, con antelación concertado, puéstose en planta por patriotas dispuestos á morir al grito de Dios, Patria i Libertad, ó á su potente soplo vencer, instituyéndolo de una vez en santo lábaro nacional. All donde el valor elevado al máximo del entusiasmo se desbordaba en corajudas impetuosidades cívi-

cas, descubre capciosa sutileza que en la cita titánica, reunión de decididos i bizarros, no había robusta sino feble resolución i era indispensable esforzarla con calientes i ruidosas excitaciones, (la del trabucazo como cualquiera otra), si no periclitaba el objetivo. . . . ¡Ah! Pensar éso de aquéllos hombres i de aquél caso! . . .

Pues no dispara Mella i los revoltosos crecientes en medrosidad, amilanados, finalizan por desbandarse; difúndese el suceso i llega á oídos de la Autoridad que persigue sus autores, los prende ó no pero que destruye el Plan revolucionario. Todo se hunde i perece. No hai Patria de Febrero en ese día. . . . Acaso en ninguno. . . . El tiro famoso, por arte májica, previene i subsana todo. . . .

Estas consideraciones lójicamente se desprenden de la expuesta, al tenor del dicho disparo del cual, con ajuste á tál peregrina apreciación, habría de decirse, (háse dicho), que emerge la República Dominicana. . . . ¡Qué donosa manera de escribir la Historia! ¡Qué acierto en rastrear sus acaecimientos!

¿Qué era solemne i apretada la ocasión i de instinto todo pecho sentíase en la inquieta desazón que precede á toda lucha, en expectante zozobra bajo la pesadumbre del duelo á muer-

te en que iba á decidirse, i por cuanto iba á decidirse, el destino de la Patria? Sí, que era así. Pero de esto avanzarse con la idea de que se estuviera tan proclive al miedo i presa de sus agudas congijas, en tal merma de acerada resolución, para llevar á debido término el laborioso trabajo, urdido en el misterio i sacado ya á luz i espléndido triunfo, que precisaran otras excitaciones i estímulos que las excitaciones i estímulos, infundidos en aquéllos fuertes corazones por la compulsión poderosa, si dulcísima, de irresistible deber patriótico. Dar cabida á la torcida sospecha de que el soberbio arresto de la colosal aventura del Baluarte, prólogo i epílogo revolucionario maravillosos, lo acometiera una gavilla de indecisos que, á fuer de tímidos, le hicieran facil al pánico fundir el designio independiente i desvanecerlo. . . Apuntar éso, casi decir éso, es realizar una obra vitanda; asimismo hacerse culpable de negrísima ingratitud hácia el autor de la *jornada óptima* i, lo más grave, reo del antipatriótico delito de empequeñecer, deprimir, ridiculizar el acontecimiento que se avalora con mayor decisión patriótica, es el más importante i orijinal, i de resultas políticas más completas.



Apuntaciones tocante á Santana.

HABIÉndonos extendido prolijamente con nuestros próceres, examinemos algo próximos á su gratuito contendiente é inexorable vencedor.

En todo el período de incubación de la Independencia, estúvose Pedro Santana casi inerte. Contenido por insensible egoísmo, constante impulsador de todas sus acciones, no se lanza de lleno, al descubierto, en azares revolucionarios, que se recata en el misterio; í su ambición, con ser tanta, mantiene recojidos los bien templados resortes en instintiva espera de hora cómoda para desplegarlos. ¡Qué llegó funestamente para la Patria!

Soberbio, foseo, intolerante, adverso por carácter á los haitianos, sostuvo en su localidad (el Seibo) continuas quisquillas i rivalidades con la jente de ése matiz; notablemente con los hermanos Felix i Monblanc Richiez. Orijináronsele de ésto desavenencias i enconadas reyertas que, acrecentadas día por día, fueron la principal si no toda la causa de su persecución (i la de su hermano Ramón, Comandante de milicianos bajo Haití), en 1843.

Antes de esa coyuntura no externa Santana ningún rasgo político sonado; su absorbente iniciativa, adormecida por frío cálculo, únicamente se abre paso con el mando dádole por la Junta; entonces es que, aguijoneado por sus jennialidades despóticas, pártese á riendas sueltas i no se reporta más

Voluntarioso, dominador, iracundo, inavenido con el Derecho, que no entendía pero por instinto despreciaba; no teniendo en mucho ni en nada la Lei, pues á él bastaba su avasalladora voluntad Sintiéndose como aherrojado dentro de las preceptualidades constitucionales, las anula con el elástico monstruoso artículo 210. Ni por ésas. Pues las Comisiones Militares, funcionando conforme al principio (?) jurídico-infernal: «á verdad sabida

i buena fé guardada». Tampoco; que nada calmaba el hipo autoritario de ése hombre, sino fuese un Poder semejante á la soberanía feudal á que llegó. . . .

Santana no amó la Patria ni la Gloria, que de élla es como derivación para quien la sirve con fino amor i aquilatado desinterés. Santana no amó á nadie ni nada; nos equivocamos, amó el Poder: para gloriarse en él i levantarle culto vívido á su personalidad querida. En su ignorancia de hombre tosco, engreído, incapaz de explicarse racionalmente su insólito encumbramiento, túvolo por singular deferencia del Destino, como una vinculación suya; la misma anexión se le figuró «medio eficaz i estable de garantizar perennemente su autoridad».

Es evidente que Santana no amó el país. Prueba irrefutable, la tiranía con que lo abrumó. ¿No arguye i lleva consigo el patriotismo consagración absoluta, perseverantes abnegaciones i sacrificios? Sí, por Cristo; mil veces sí. ¿Pues qué supo ó ejerció de todo éso el «irascible dictador dominicano»? ¿En qué día, cuál instante, en qué emergencia dió señales de estar adornado de ésas valiosísimas joyas? Una vez dijo enfáticamente, «si el pueblo me manda

que me tire por el Tripero, (6), yo me tiro». ¡I cómo lo probó años andando! Empero, cambiado orden i alcance de la oferta, pues fué él, Santana, quien tiró al otro, al pueblo, por despeñadero más terrible que aquél: por la insondable espantosa sima de Marzo de 1861

Dánlo de amante apasionado del orden. Sí, á la manera de Timur, Atila, Luis XIV; es decir: del orden que se resume en sometimiento ipasivo, en mutismo del Clán, Monarquía, República, ante las decisiones caprichosas de la omnímoda voluntad, ó siquier el fruncimiento de cejas de Jove irritado. El no quiso orden, el cual, coordinando derechos i deberes principios i consecuencias, funda «la libertad colectiva de la Sociedad».

¿Amó el orden? Pues á explicarse la causa de prescindirlo á la continua, sustituyéndolo con procedimientos expeditivos i sumarios. ¿Fué por amor al orden que, primero que nadie, cómo nadie, proscribió á centenadas individuos i familias, sin previo juicio condenatorio?

Como quiera se ha querido ahincadamente formarle á Santana tupida atmósfera de merecimientos i de exajeradas alabanzas, mirando á

(6) Sitio pavoroso en el mar al Sur de la ciudad de Santo Domingo, cerca de la matanza. Toma el nombre de antigua destinación.

velar en élla las negruras de su vida pública, nada se le ha escatimado en cualidades estimables i peregrinas á profusión concedidas. A las enumeradas hai que agregar: las rimbombantes de *talento extraordinario*, i de *grande hombre*. Depurémoslas.

Santana no ascendió al Poder por la fuerza de su entendimiento, si que por la de su ambición, auxiliada grandemente por los conservadores. Sirvióle sobremanera en la primera ocasión á sus dilijencias, el despego de los febreristas de toda codicia de mando; más adelante, suprimidos ésos polítics, prevalecieron del todo aquéllos factores. Ahora pues, si de verdad poseyó el talento concedídole ¿cómo no le sirve de puntal i sostén del Poder en 1848, que abandona por ineptitud en zanjar dificultades administrativas de poca monta? I en 1856 ¿cómo se enreda en la red de la matrícula de Segovia i cae? ¿Por qué ése *talento extraordinario* no le saca airoso en su trabajo anxionista, ocupación de toda su vida pública, tan acariciado, amamantado, madurado, en el cual recibe consejos i ayuda de los conservadores; viéndose por inhabilidad i crudeza intelectual á pique de ser castigado, cómo funcionario español, si á tiempo no tercia la muerte?

Si tuvo el cacareado talento ¿adónde se irán á buscar las pruebas? ¿En la legislación civil? ¿en la política? ¿en el producido de obras morales, materiales, intelectuales? Hablen los hechos. Por excepción descubrimos en la extensa práctica administrativa de Santana, la de una idea de plausible encomio: la del mayor alejamiento en las relaciones con el vecino de Occidente. ¡Ojalá le sirviera de calco á nuestros posteriores gobiernos!

Atribuirle *talento extraordinario* á Santana es enorme demasía, i aumentarle las dimensiones al fardo pesadísimo de sus descarríos políticos; puesto que á medida que se le dan creces á su intelijencia, en razón directa se le acrecientan las debidas responsabilidades. De ordinario se le atenúa á la ignorancia, á veces se le excusa i absuelve, lo que no á la alta razón, sobre todo valorada de extraordinaria.

Todo bien considerado, obsérvase: Santana tuvo notable sagacidad, grande suspicacia ó malicia, propia de la jente rústica; mucha perspicacia para estudiar caracteres i ya calados manejarlos al compás de su despotismo. Todo esto explayado, por decir así, en caracter egoísta, absorbente, depresivo. De ese conglomerado de calidades políticas, unas buenas, si mal

dirijidas, malas las más, todas pésimamente comprendidas, ó adrede exajeradas por el partidario, ha salido lo del *talento extraordinario*.

Lo que poseyó realmente Santana fué: nativo don de guerrero. A la mediación de éste se debieron sus grandes, oportunos, provechosos servicios, que nos congratulamos en reconocerle sin sisárselos en nada, i que aplaudimos con agradecida sinceridad. Cuanto hizo en Administración fué conexo con el dicho talento ó don, adornado i favorecido de personal bravura, asombrosa actividad, índole tiránica; medios que funjiendo en un pueblo de educación casi primitiva, impresionable, inactivo, demasiado ignorante en cosas públicas, á más de indiferente ó descuidado en éllas, le vinieron de perlas á sus pujos ambiciosos i allanaron el camino del Poder

¡Grandes hombres! Esos son los justes, los sabios virtuosos, los que dejan tras sí reguerros de luz benéfica, i ejemplarizan con el bien derramado entre los humanos.

Por nada de lo cual es Santana *grande hombre*. Se asciende á ésa alta cumbre en hombres i merced á la ecuanimidad, la magnanimidad, la equidad; preseas morales de que ni ba-

rruntó la existencia el torticero autor de tanto i tanto hecho injurioso i adverso á la Libertad, al Derecho, á las más rudimentales nociones de la Justicia i la Bondad. ¿Cuándo fué *ecuánimo* el desabrido, destemplado, iracundo, inabordable? ¿Supo de magnanimidad, que es la suprema jenerosidad, quien mata á Trinidad Sánchez (¡una mujer!) en el día de la Patria; á Duvergé, insigne caudillo de la Patria, á F. del R. Sánchez, un glorioso Padre de la Patria? El que despotiza sin treguas al país, i por sus desmanes postra su dignidad i la remata hundiéndola bajo extranjero dominio ¿guióse jamás por insinuaciones ó consejos de la equidad? . . . Se equivocan los defensores ó incensadores de Santana, llamándole *grande hombre*; él no lo es, no pudo serlo, porque «sólo fué siniestro»; i no se debe acicalar con prendas morales de excesivo valor á quien campea con «la belleza del horror»

Con todo, la justicia nos hurga i cuesta obedecerla. I lo hacemos gozosos i entusiasmados. Santana guerrero amerita grandes distinciones; ¡cuánto le debiera la Patria si en ésa calidad fundáse i á sus sóloas eficacias confiara toda su obra pública! Desdichadamente no fué así, i en mal hora quiso officiar de político para

serlo ignaro, cruel, retrógrado, sin patrióticas orientaciones. I claudicando, i cayendo, al cabo aleve i pérfido Créasenos, trae hondas tristezas á nuestra alma recordar las fases morales de esa individualidad que asoma brillante, fulgura con viva lumbre, se eclipsa á poco, i entre fuliginosas densidades húndese

Bien pudo desempeñar distinguido papel en nuestra Historia, talvez el primero cuando mejor dotado no siguiera sujestiones ó derrotos egoistas Si pide la Dictadura, conocida necesidad de tiempos de lucha por la Independencia, i no se la toma con terrible brazo de faccioso, los febreristas, sin visos de ambición, habitualmente dirigidos por exquisito tacto patriótico, se la hubieran concedido de grado. . . . Con ésto ¡cuántas desventuras i qué de fealdades ahorradas en nuestra vida nacional!

Pero él no quiso prominencias de héroe, como tuviera nombre de invicto capitán, i rindiéndose complaciente á las excitaciones de una ambición, sin fronteras ni pudor, opta por las ruindades con que élla le convida i seduce i, por insanas movido, posterga i pisotea toda enalteciente virtud ciudadana ¿Pero cómo no se contenta con la magnánima visión de lo bello, lo honesto, lo patriótico, el rudo hatero

por rarezas de la fortuna aupado? ¿Qué más quería que adunar al incomparable placer del Deber cumplido manojó de laureles por galardón condigno? Que saborear la dicha de haber contribuido á formar una nacionalidad á un tiempo labrándose la suya. Que hacerse acreedor á las ovaciones de contemporáneos i venideros en la Patria i en la Historia. Que usufructuarse debidamente de lo que el país por sus servicios tuviera á bien retribuirle. Esa luminosa perspectiva colmó muchas modestas ambiciones: Imbert, Salcedo, cien patriotas más, la tuvieron delante sus ojos; á élla ajustaron las líneas de su vida

Al! Duélenos en nuestra fé de patriotas apasionados de toda gloria pura, sin lunares, que la suya abortase i, precipitada en el delito, en él, como en una huesa, quedara sepultada . . . Estudiando á ocasiones, con escrutador i sereno espíritu, aquélla naturaleza abrupta, cortada á pico, i aún así sobresaliente; sintiéndonos munificos, concesivos, misericordiosos; extremados en excusar sus faltas, pudiera ser que arrastrados á éllo por irresistible atracción del *documento humano* analizado; con vivo afán de despejar la verdad, quizá oculta en misterio biológico, nos hemos deslizado i caído en conjetu-

ras como estas: ¿sería Santana un temperamento normalmente epiléptico, del que no le era dable contener ni amainar los tremendos arrebatos? ¿Por hereditario atavismo, agudísima neurosis habría adquirido sobre él definitivo señorío, por suerte tal que, cuanto parecía acciones libérrimas suyas, no fuera más que determinaciones álgidas del vértigo psíquico en que vivía? De ahí sus faltas i caídas O examinado por otra faz, ¿lo que conceptuárase en él mente soberana, voluntad aunque impetuosa en sus actividades libre en el ejercicio de éstas, no era en definitiva más que el reflejo, medio por el cual Hado fatídico imponía de inexorable modo, sus indefectibles decisiones?...

Mas alejándonos de metafísicas honduras, aun cuando se avienen mucho á nuestro entendimiento, i reduciéndonos á lo que ofrecen de sí los descarnados acontecimientos, notamos: en Santana el mal grave, gravísimo, á que se debió la cadena sin fin de sus extravíos, fué su carencia de patriotismo agravado con el fermento de una ambición llevada á la demencia ¿Por qué no fué patriota? Contáramos una gloria más en el cielo épico de la Independencia i economía de vilipendios en nuestra Historia. ¿Porque no fué patriota? Brillaría en el Cielo de

Quisqueya, cual radioso Sol, no con amortiguada entenebrecida luz. ¿Por qué no fué patriota? Evitáramos discordias implacables en la familia dominicana, cruentas luchas intestinas, con la pérdida de la nacionalidad por corolario. ¿Por qué no fué patriota? Sus laureles estarían verdes i frescos no marchitos i secos. Mas no lo fué, i mal ciudadano, codicioso de ventajas impuras, en pos de ellas corriendo, trueca modesta ciudadanía, ennoblecida con ejecutorias de virtud i gloria, por el vano oropel de títulos, al paso que adquiridos maculados con horrenda simonía

De la misma fuente encomiástica que «lo del talento extraordinario» procede el cuento de que, «la inexplicable retirada, que puso espanto en todo el País,» fuese medida estratéjica sabia que á éste protege i salva.

Es un verdadero círculo vicioso el tal juicio, i trasciende á propósito laudatorio del partidarismo santanero. Para que la conseja tuviese algún viso de certeza había de probarse: 1º que el Sur, (jurisdicción de mando de Santana), fuera la rejión únicamente invadida i el solo punto de resistencia, por lo que, al perderse su dominio quedaba de *ipso facto* irrupto todo el país i en aprieto i peligro la Indepen-

dencia. Lo cual no es sostenible, por sabido que Norte i Sur fueron simultáneamente invadidos en 1844. (Lo mismo en todo el período independiente; estándose de continuo expuesto, por mala suerte, de las armas en uno ú otro confin, á serios peligros). 2º, que Santana reasumía toda Jefatura i su ejército constituía toda defensa nacional. Suposición mal de hacerse, dada la evidencia del mando de Imbert, i de sus triunfos. 3º, que éste caudillo fuera vencido, «por quedarse ocupando á Santiago después del 30 de Marzo». Reflexión imposible, pues que al contrario, con persistente empuje siguió el tras el invasor obligándole á entrar, á más andar, en sus límites. 4º, que Santana replegara, bajo la amenaza de ataque de numerosa hueste, habiendo antes sufrido reveses. Lo que es inaceptable, toda vez que los haitianos, batidos el 19, cieron en rota completa, habiéndose rehecho i vuelto á acometer por no picárseles la retaguardia.

En fin que, escalonado Santana en paraje próximo de Azua, (digamos «El Memiso» donde Duvergé, (Bois), ganó la batalla del 30 de Abril), viérase obligado á retrogradar, cual lo hizo bruscamente sobre Bani, temiéndose de un movimiento envolvente por sus flancos. Hipó-

tesis inadmisible, ya conocido como el enemigo no podía agredirle por el lado izquierdo, defendido por fuerzas sutiles nuestras, que asaz hostilizaron i castigaron las haitianas, apresándoles barcos. Cuanto al flanco derecho, cubríanlo altas i escarpadas sierras.

El mayor hombre de guerra de la era moderna señala por característica del triunfo: que el vencedor ocupe en absoluto dominio el terreno do se libra la batalla. ¿Puede asegurarse que ése fuera el caso de Santana después del 19 de Marzo?

Aplicando á ésta el axioma militar de Napoleón, se observa: que fué hermosa, espléndida, gloriosa, sin llegar á términos de victoria acabada; siendo en puridad una brillante muestra de resistencia bien hecha i de rechazo ventajoso de fuerzas que, al retirarse maltrechas, averiadas, debieron ser, i no fueron, rudamente castigadas. Victoria que no es para comparada, i cede en importancia, á la del 30 de Marzo. Esta fué de más alentador aliento al valor de nuestros noveles guerreros; honrosísima al patriotismo efusivo, ardoroso, ávido de vencer más y más; i de mejores resultas que su coetánea; que, mientras después de ésta se vé estupefacto i acongojado al país, por el abando-

no i quema de Azua, i parte del Sur propiamente dicho, aquélla, la del 30, aquieta i repone el conturbado ánimo público; mayormente al saberse del destrozo causado en el enemigo, por virtud de continuada persecución; i haberlo hecho trasponer sus fronteras, no repasadas sino al siguiente año.

La del 19, siendo la primera batalla campal, debió ser dechado de formidables iras que, acumuladas en los negros días de la servidumbre, desatábanse con terrorífica furia sobre el odiado dominador; pero lo fué de cautela i de prudencia, extemporáneas en hora en que el empuje terrible, la agresión briosa, irreflexiva, el ¡sus! ¡arriba al enemigo! se imponían hasta fatigar la victoria. Así fué el 30 de Marzo en Santiago.

Parémonos un breve momento para ensalzar al mui ilustre ciudadano que gana ésta para la Patria i para los anales del heroísmo. José María Imbert, francés de orijen i nacimiento, ilustrado i bueno, era Correjidor en la Villa de Moca: atraído á la Idea Independiente, más que por concierto revolucionario, por afinidades de su alma de febrerista i espontáneos exparcimientos del carácter de su jenerosa raza, pronúnciase allí; i más tarde, en trance de an-

gustia i conflicto, acepta peligroso i comprometido mando. I triunfa i se magnifica

Después, desinteresado i en la cura de todo deber cívico, continúa sirviendo su Patria de adopción: que le es deudora de inolvidables recuerdos de gratitud i de apoteosis de virtud. Patriota eminente, permite postremos nuestro espíritu en reverente salutación á tu dulce memoria!

Con el desgraciado repliegue se malgastó el caudal ganado el 10; mudáronse en pérdidas los beneficios momentáneamente conseguidos. Inexplicable retirada que en vano trata de justificarse, sin éxito por de contado, con la espiciosa causa aducida por Santana: «excusez de municiones». Porque el ejército, acto continuo al triunfo, se vió aumentado con tropas frescas. El cuidado que Santana, bien al corriente de la pobreza del Parque Nacional, no debía esperar, como tuvo, auxilio de municiones, debiendo suplir toda penuria con industria guerrera. Porque su tropa estaba en mayoría armada de lanza i machete, armas notoriamente utilísimas el 19, i en posteriores encuentros preciosas, decisivas, temidas del enemigo; de tal modo, que se hizo proverbial *el terrible machete dominicano*.

I por sobre todas esas razones estaba ésta; que á la mucha penetración militar de Santana, i grande perspicacia no había de escondérsele que, á raiz de un triunfo obtenido con tropa bisoña, compuesta de jente sumamente impresionable, retroceder era darle cabida al desaliento é iniciar la desmoralización. . . . ¿Mas para qué engolfarnos en estas disquisiciones, cuando está comprobado que, si Santana replegó á Baní i se estuvo dos meses allí, no lo hizo, *por razones estratégicas*, que lo hizo: «para estar-se en frecuentes concomitancias con los conservadores; seguir la pista al envidiado Poder; mediar activamente en la trama del Protectorado francés

¿Cómo pudiera desconocer su hábil trastienda guerrera que Baní, sitio mui abierto, cubriríase mal con su corto ejército i mal defenderíase de fuerzas que pudiesen ser numerosas; mientras que Azua, casi inexpugnable para invasiones de Occidente, prestaba inmejorables condiciones de expectativa i defensa? I ya que replegaba ¿por qué no á punto más vecino al enemigo?

Finalmente, la retirada i estancia en Baní podría explicarse por una de estas causas: ineptitud militar de Santana; ó miedo. Aquélla no

es presumible, dada sus reconocidas clarevidencias de hombre de guerra; i el miedo, lo excluye el bien sentido crédito de bravo del fiero seibano. Por cuanto, permanecen en pié, invencibles, los móviles señalados, en los cuales cada vez nos reafirmamos más i más

Amen de comprometer la situación nacional, empavorecerla i causarle materiales perjuicios, la inconsulta retirada nos eliminó probabilidades que se traslucen de la acción del 19. Objetivemos ésto.

No se repliega Santana, que sigue fogueando al enemigo; lo destroza i precisa, cómo más tarde Imbert, á entrarse deshecho en sus linderos. La Revolución surjida en ese momento en Haití constriñe al Gobierno (derribado por élla al fin), á requerir para defensa i sostenimiento las fuerzas que nos invadían; i á pedirnos tregua formal, no suspensión de armas como la pedida á Santana i por éste torpemente rechazada. De esa tregua salía natural y lójicamente la cesación de hostilidades, i con ésta la paz; ó en su defecto, el largo armisticio que dura desde el año 1856

Véase por qué «la inexplicable retirada», que debió ser: continua carga furiosa, *á paso de vencedores*, total aniquilamiento del enemigo,

hizo inasequible nuestra verosímil hipótesis. Por sus inmediatas consecuencias políticas, sirvió élla sólo para abrirle cauce anchuroso á males incontables

Como si no fuera suficiente el rimero de encomios, la casi deificación con que á Santana se favorece, recurso usado para darle dimensiones de tanta altura moral, que ésta oculte el enorme montón de sus errores. Cómo si no bastase la argucia de inventárselos á los febreristas, para luego caer en comparaciones, sobre desnudas de verdad depresivas de la misma obra de Independencia; todavía se avanza más por el tortuoso camino emprendido: se va con increíble desenvoltura á buscarle paliativo al *infundo patricidio*, i mitigar la intensidad de sus responsabilidades, todas i únicas del Marqués de las Carreras, en supuesta participación del Pueblo, que ningunas tiene en el luctuoso acontecimiento; cuya parte en él es la del padecimiento que le orijina ¡Qué ceguedad! Que no haya virtud, grandeza, gloria, nada puro, ileso; con tal que, i siempre que, una profunda noche moral todo lo cubra, i en sus pliegues se esfumen las manchas de Santana, extensas é imborrables, en tanto modo, que ninguna agua lustral alcanzaría á purificar jamás

No vamos á extendernos sobre ése particular; que hable por Nos jente extraña pero de toda competencia: los cómplices del Libertador. «que la anexión no era la obra de aquél pueblo sino de un partido personal que lo dominaba en absoluto; i cuyo jefe (Santana) valido de sus antecedentes i de sus hechos militares, i apoyado por autoridades vecinas, sostenía con visos de libertad una verdadera tiranía». (Gándara, Anéxion i Guerra de Santo Domingo).

«Tampoco debía ignorar el Señor Duque de la Torre que la anexión que el Presidente de la República Dominicana anhelaba no era un proyecto reciente; que partía desde el año 1843 i que en este tiempo antes que á España lo había propuesto á otras naciones, habiendo insistido mucho en que los E. U. acojiesen sus pretensiones». (El mismo en la obra citada).

. . . . «la responsabilidad toda fué del jeneral Santana, del jeneral Serrano, i del Gobierno que hizo la anexión, que estaba presidido por el jeneral O' Donnell». (Idem idem).

. . . . «cuando nos anexionamos la Española obedientes á las maniobras de Santana i ciegos por la torpeza de una política funesta». (Idem).

«Eso fué la anexión desnuda de todo linaje

de artificios i de encomios; eso fué la anexión de Santo Domingo; empresa descabellada i temeraria, opuesta al interés del país i evidentemente nociva á su porvenir i á su tranquilidad, cómo lo serán siempre todas las de su especie». (Gándara, &).

«La anexión no fué obra nacional; fué obra de un partido dominicano que se impuso allí por el terror i que temeroso del porvenir negoció con ventaja exclusiva suya». (Jeneral Domingo Dulce).

«La obra de la anexión estaba inapelablemente juzgada por su mismo malaventurado autor». (Gándara).

«La Historia en su alta imparcialidad debe juzgarle hoy bajo otro aspecto; como agente principal é impulsor casi único de los errores políticos que España cometió i que no tardaron mucho en comprometer la existencia de todas sus Antillas». (Gándara).

«Empiezo diciendo que la anexión no fué obra nacional de Santo Domingo; que no fué un acto libre i espontáneo de aquel pueblo, no; fué la obra de unos cuantos hombres, cuando más de un partido. ¿Queréis la prueba de esto? Dos meses, antes de verificarse la reincorporación ya un jeneral de la República Do-

minicana protestaba contra élla: el jeneral Mella. ¿Queréis otra prueba? La reincorporación se verificó el 18 de Marzo i el 6 de Abril el jeneral Cabral daba una proclama contra la reincorporación. ¿Queréis mas pruebas? Pues á poco tiempo en las Matas, en Moca, en una porción de pueblos se verificaban sublevaciones contra las armas españolas». (Senador Alzugaray en las Cortes Españolas).

I basta de citaciones.

Para el hombre á largo trazo diseñado, réprobo del patriotismo dominicano i de todo patriotismo, hai quien pida estatua. ¡Oh de la audacia! Nada menos que la más suprema manifestación con que los humanos perpetúan, por el mármol i el bronce, el tributo de su caro amor i el homenaje de sus finos respetos, proponiéndolos como ejemplo i enseñanza dignos de copia, hacia el patriotismo injenuo, severo, acendrado; la virtud soberanamente desprendida, útil, ejemplificadora; el jenio amable, bueno, que delinea caminos de perfectibilidad i de ventura social, ó los allana i expedita; la devoción inmutable, incesante, singularmente benefactora en obras altruistas i filantrópicas.

Todo lo que, al colacionarse con vida i acciones del Teniente Jeneral español Pedro San-

tana, le hallan desnudo de méritos «para marcar su estela en mármol» Mas si, aun así, se insistiera en la absurda i terca pretensión, creídos sus sustentantes de que: «la fama perdura por obra de sepulcros i de estatuas, no por la virtud que el nombre del estatuado difunde entre las jentes», enhorabuena eríjasele; pero, cuál la de Marino Faliero, con tupido cendal cubriendo el rostro, en expresiva alegoría i demostración palmaria del castigo que, por toda eternidad, le inflige la justa cólera nacional, por aquél su nunca bastantemente anatematizado, odiado, execrado crimen





Conclusión.

 ERMINAMOS; pero antes una advertencia, que es á la par formal protesta.

Nuestro *Estudio* no es palenque abierto á irritadas controversias; no es mente nuestra provocarlas, i menos todavía aceptarlas, pues las creemos improcedentes é inconsideradas, cuando ensayadas á la intención de comparar, con patriotas de nítido preclaro civismo, á quien, dado lo tuviese, lo exhibió desvaído, deslustrado; que es escándalo i asombro de la Historia, por su ambición desenfrenada i cruel; quien, á la por demás extendida serie de sus políticos deli-

tos, pone punto vulnerando i hollando la Patria Hasta el exterminio

Que este *Estudio*, aunque castiga con recio inexorable látigo yerros que la Justicia Histórica nunca deja impunes, no es, sin embargo, asilo de enconos ni respiradero de odios. Verdad i Justicia es divisa nuestra. Ella abona nuestros criterios.

Este *Estudio* sí que es canto entusiasta, hirviente, ditirámico, elevado á loor i glorificaciones de Duarte i Sánchez. Es mas: exultación entrañable, infinita de nuestro patriotismo, en recordación dulcísima del portentoso suceso de que ellos son luminoso símbolo.

Este *Estudio* puede no ser elocuente, antes pobre i desmayado; no adecuarse con propiedad al rendido intento que lo provoca; carecer de inspiración i arrobos pasionales; quedarse corto, abatido, por la sublimidad del tema que lo informa; pero este *Estudio*, lo aseveramos, con nuestra innata injenuidad, rebosa en puras propensiones jenerosas. La Patria bulle en sus frases. Visto por ahí no le cede plaza á ningún otro á sus semejas. I si en decirlo se ve propósito jactancioso entiéndase que, aceptamos el cargo no solicitando gracia ni excusa por éllo. En todo, para todo, hacemos árbitro

á nuestra leal conciencia; i nos conformamos i afianzamos con la ortodoxia de nuestra fé é in-
conmovibles convicciones.

PRO PATRIA.

Santo Domingo, 27 Febrero de 1900.

M. A. C.

